

Las iglesias del Nuevo Testamento Rubén Dolz Espert



Un estudio completo del contexto
histórico-social y teológico

•

Índice

•

Prólogo a la serie	21
Prólogo y agradecimientos	25
Capítulo 1. La iglesia de Jerusalén	29
1. El nacimiento de la iglesia en Jerusalén	31
2. La iglesia en Jerusalén y el templo judío	33
3. Beneficencia y comunidad de bienes	35
4. La ciudad de Jerusalén, orígenes históricos	39
5. Jerusalén, dominación romana en el siglo I	40
5.1 Herodes Arquelao (4 a. C. – 6 d. C.)	41
5.2 Prefectos – 1 ^{er} período de gobierno directo de Roma (6-41 d. C.)	42
5.3 Herodes Agripa I (41-44 d. C.)	46
5.4 Procuradores – 2 ^o período de gobierno directo de Roma (44-66 d. C.)	49
6. Composición, gobierno y desarrollo de la iglesia en Jerusalén	55
6.1 Unidad y diversidad en la membresía	55
6.2 Estructura inicial de gobierno en la iglesia	55
6.3 Siete varones colaboran con los apóstoles	56
6.4 Felipe el evangelista y Esteban el mártir	57
6.5 Primera persecución, Saulo asolaba la iglesia	58

6.6 Los primeros misioneros y la supervisión de la iglesia madre	58
6.7 Herodes persigue a los dirigentes de la iglesia	60
6.8 Gobierno triunviro, las tres columnas de la iglesia	60
6.9 Concilio de Jerusalén y decreto apostólico	61
6.10 Obispado unipersonal en Jerusalén, Jacobo el justo	62
7. El ocaso de la iglesia en Jerusalén	64
Capítulo 2. La iglesia de Antioquía de Siria	67
1. El nacimiento de la iglesia en Antioquía de Siria	69
1.1 El martirio de Esteban y la dispersión de los cristianos de Jerusalén	69
1.2 El evangelio llega a Antioquía de Siria	70
1.3 La iglesia de Antioquía recibe la confirmación de Jerusalén	72
2. La ciudad de Antioquía de Siria	73
2.1 Ubicación, fundación y desarrollo de la ciudad	73
2.2 Población, cultura y religión en Antioquía	74
2.3 La colonia judía de Antioquía	75
3. Importancia y singularidad de la iglesia en Antioquía	78
3.1 Singularidades y diferencias con Jerusalén	78
4. Bernabé, los profetas, los maestros y Saulo en Antioquía	80
4.1 Bernabé, figura providencial en la iglesia	80
4.2 Profetas, maestros y el mensaje a los no judíos	81
4.3 Estructura inicial de gobierno en la iglesia de Antioquía	82
5. Antioquía promueve el Concilio de Jerusalén	82
6. El conflicto en Antioquía, Pablo reprende a Pedro	85
6.1 ¿Cuándo sucedió el conflicto?	87
6.2 ¿De qué tenía miedo Pedro?	87
6.3 El relato en Gálatas, testimonio de parte	88
6.4 Argumentos que podrían disculpar a Pedro	89
7. La iglesia posapostólica en Antioquía	90

Capítulo 3. Las iglesias de Galacia	93
1. ¿Cuáles eran las iglesias de Galacia?	95
2. Las iglesias de Galacia del Norte (étnica)	97
2.1 El evangelio llega a Galacia del Norte accidentalmente	97
3. Las iglesias de Galacia del Sur (provincia romana)	99
3.1 Antecedentes de la evangelización de Galacia del Sur	100
4. La iglesia de Antioquía de Pisidia	102
4.1 La ciudad de Antioquía de Pisidia	102
4.2 La fundación de la iglesia en Antioquía de Pisidia	103
4.3 Segunda visita a Antioquía de Pisidia	107
5. La iglesia de Iconio	108
5.1 La ciudad de Iconio	108
5.2 La fundación de la iglesia en Iconio	110
5.3 Segunda visita a Iconio	111
6. La iglesia de Listra	111
6.1 La ciudad de Listra	112
6.2 La fundación de la iglesia en Listra	113
6.3 Vicisitudes de los misioneros en Listra	113
6.4 Personajes de Listra: Loida, Eunice y Timoteo	118
7. La iglesia de Derbe	122
7.1 La ciudad de Derbe	122
7.2 La fundación de la iglesia en Derbe	123
7.3 Personajes de Derbe: Gayo	123
8. La crisis judaizante en Galacia	124
Capítulo 4. La iglesia de Filipos	129
1. Filipos: la ciudad y sus habitantes	131
2. El evangelio de Pablo llega a Europa	134
3. El nacimiento de la iglesia en Filipos	136
3.1 Las mujeres que se reunían junto al río	136
3.2 La muchacha con espíritu pitón	138
3.3 El carcelero de Filipos	142
3.4 Pablo y Silas son puestos en libertad	144

4. Personajes destacados en la iglesia en Filipos	146
4.1 Lidia, la comerciante de púrpura	147
4.2 Epafrodito, el ministrador de las necesidades de Pablo	148
4.3 Evodia y Síntique, desencuentro entre compañeras	151
5. Dificultades y vicisitudes en la iglesia de Filipos	152
5.1 Oposición y sufrimiento	153
5.2 Malestar interno en la iglesia	155
6. La iglesia posapostólica en Filipos	159
Capítulo 5. Las iglesias de Tesalónica y Berea	161
1. Tesalónica, la ciudad y sus habitantes	163
1.1 La ciudad de Tesalónica	163
1.2 Los habitantes de Tesalónica	164
2. El evangelio en Tesalónica	165
2.1 Los primeros creyentes de Tesalónica	166
2.2 Duración de la estancia de Pablo en Tesalónica	167
2.3 Surge la oposición en Tesalónica	168
2.4 El complot y la acusación de subversión	169
2.5 La intempestiva partida de Pablo y Silas	171
3. Dificultades y vicisitudes en la iglesia de Tesalónica	172
3.1 Antecedentes y contexto de las cartas a Tesalónica	173
3.2 Hostilidad, represión y persecución	175
3.3 Rumores y calumnias contra los misioneros	176
3.4 Conductas inmorales	177
3.5 Expectación escatológica y ociosidad	178
3.6 Otras actitudes censurables en Tesalónica	179
4. Personajes de la iglesia en Tesalónica	180
4.1 Jasón, el hospedador de Pablo	181
4.2 Aristarco y Segundo, acompañantes de Pablo	182
5. Berea: la ciudad y la iglesia	184
5.1 Berea: la ciudad	184
5.2 La predicación del evangelio en Berea	185
5.3 Sópater: personaje destacado de Berea	187

Capítulo 6. La iglesia de Corinto	189
1. Corinto: la ciudad y sus habitantes	191
1.1 La antigua Corinto y la importancia de su istmo	191
1.2 Prosperidad, dioses y placeres	193
1.3 La nueva Corinto, colonia romana	194
1.4 Los habitantes de la Corinto romana	195
1.5 Corinto, enclave estratégico para el evangelio	196
2. El evangelio en Corinto	197
2.1 Pablo llega a Corinto con debilidad, temor y temblor	198
2.2 Aquila y Priscila acogen a Pablo	199
2.3 La predicación del evangelio en Corinto	202
3. Personajes destacados de Corinto	206
3.1 Las primicias de Acaya	206
3.2 Erasto de Corinto	208
3.3 Febe, Diakonos y Prostatos de Céncreas	209
3.4 Galión, procónsul de Acaya	211
4. El intercambio de cartas entre Pablo y los corintios	212
4.1 Corintios “A” y Corintios “B”	214
4.2 Corintios “C”	215
4.3 Corintios “D”	216
4.4 Corintios “E”	218
4.5 ¿Qué pasó después?	219
5. Divisiones internas y contra Pablo	220
5.1 El partido de los de Apolos	221
5.2 El partido de los de Pablo	222
5.3 El partido de los de Cefas	222
5.4 El partido de los de Cristo	224
5.5 Divisiones: la cuestión de fondo	225
6. Inmoralidad en lo sexual, social y cívico	226
6.1 Inmoralidad sexual en la iglesia	226
6.2 Inmoralidad en las relaciones sociales y económicas	229
6.3 Inmoralidad en el culto	231
6.4 Inmoralidad en la celebración eucarística	233
7. Falsas creencias, resurrección de los muertos	237

Capítulo 7. La iglesia de Éfeso	241
1. Éfeso: la ciudad y sus habitantes	243
1.1 Éfeso, historia y leyenda de su fundación	243
1.2 Éfeso bajo el dominio de Roma	245
1.3 Importancia socioeconómica del culto a Artemisa	247
1.4 Artemisa de Éfeso, Cibele y Hécate	248
1.5 El templo de Artemisa en Éfeso	250
2. El evangelio en Éfeso	252
2.1 Brevísima predicación de Pablo en Éfeso	253
2.2 Priscila, Aquila y Apolos, pioneros en Éfeso	253
2.3 Pablo regresa a Éfeso	254
2.4 Los doce discípulos de Juan	255
2.5 En la sinagoga y en la escuela de Tiranno	258
2.6 Milagros extraordinarios y los hijos de Esceva	261
2.7 La algarada de los plateros	264
2.8 Pablo se despide dos veces de los efesios	270
3. Crisis en la iglesia de Éfeso, anuncio y cumplimiento	271
3.1 Pablo predice el advenimiento de la crisis eclesial	271
3.2 La crisis anunciada se hace realidad	272
3.3 La identidad de los falsos maestros	273
3.4 El carácter de las falsas doctrinas	274
4. La iglesia de Éfeso a finales del siglo I	277
4.1 La iglesia de Éfeso en el Apocalipsis	278
4.2 La tradición patrística, Juan en Éfeso	280
4.3 La comunidad joánica en Éfeso, una hipótesis	282
Capítulo 8. La iglesia de Colosas	285
1. Colosas: la ciudad y sus habitantes	287
1.1 Colosas y el valle del Lico	287
1.2 La historia de Colosas	288
1.3 Los habitantes de Colosas	289
1.4 Cultos paganos en el valle del Lico	290
2. El evangelio en Colosas	292

2.1 Colosas, una iglesia eminentemente gentil	292
2.2 La fundación de la iglesia en Colosas	293
2.3 La iglesia en casa de Filemón	293
2.4 Onésimo, el esclavo de Colosas	296
2.5 La esclavitud ¿consentida por Pablo?	298
3. Falsas creencias en Colosas	302
3.1 Contenido de las falsas creencias en Colosas	302
3.2 Nociones generales sobre el gnosticismo	303
3.3 Enseñanzas de carácter judaico	304
3.4 Filosofías y huecas sutilezas	306
3.5 Culto a los ángeles y restricciones ascéticas	307
3.6 El borroso perfil de la herejía colosense	309
Capítulo 9. La iglesia de Roma	311
1. Roma, la ciudad y sus habitantes	313
1.1 Roma, cabeza del mundo	313
1.2 Fundación de la ciudad y sistemas de gobierno	314
2. Emperadores del siglo I y cristianismo primitivo	318
2.1 Octavio Augusto (27 a. C. – 14 d. C.), el cumplimiento del tiempo	318
2.2 Tiberio (14-37 d. C.), ministerio de Jesús y dispersión de la iglesia	318
2.3 Calígula (37-41 d. C.), el endiosamiento de un tirano	319
2.4 Claudio (41-54 d. C.), expulsión de los judíos de Roma	321
2.5 Nerón (54-68 d. C.), primer perseguidor de la iglesia	323
2.6 Vespasiano (69-79 d. C.), fundador de la dinastía Flavia	332
2.7 Tito (79-81 d. C.), general triunfante y emperador querido	336
2.8 Domiciano (81-96 d. C.), autócrata despiadado	352
3. El evangelio en Roma	360
3.1 Presencia cristiana en Roma, fuentes	360
3.2 La llegada del evangelio a Roma	361
3.3 El evangelio en las sinagogas de Roma	362

3.4 Los gentiles de Roma reciben el evangelio	363
3.5 La iglesia de Roma según la epístola a los Romanos	365
4. Pedro, Pablo y los obispos de Roma	372
Capítulo 10. Las iglesias de Creta	377
1. La isla de Creta y los cretenses	379
1.1 Creta bajo el poder de Roma	382
1.2 Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias	383
2. El evangelio en Creta	384
2.1 Los primeros cristianos de Creta	384
2.2 Pablo y Tito ¿fundadores de la iglesia en Creta?	384
2.3 Las iglesias de Creta en la década de los 60 d. C.	386
3. Las deficiencias a corregir en Creta	386
3.1 La labor inacabada en Creta	386
3.2 Rebeldes, charlatanes y engañadores en Creta	387
3.3 La falsa doctrina en Creta	388
3.4 Requisitos de los ancianos/obispos en Creta	389
4. Tito, colaborador polivalente	394
Capítulo 11. Las iglesias de Asia	397
1. Asia, provincia proconsular romana	399
2. Pablo, Juan y las iglesias de Asia	400
3. Las iglesias de Asia en el Apocalipsis de Juan	401
4. La iglesia de Esmirna	403
4.1 Esmirna, la ciudad y sus habitantes	403
4.2 La iglesia de Esmirna: fiel, pobre y hostigada	405
4.3 Esmirna, paralelismos y contrastes	407
5. La iglesia de Pérgamo	409
5.1 Pérgamo, la ciudad y sus habitantes	409
5.2 La iglesia de Pérgamo, donde está el trono de Satanás	412
5.3 La doctrina de Balaam y los nicolaítas en Pérgamo	414
5.4 El maná escondido y la piedrecita blanca	416
5.5 Pérgamo, paralelismos y contrastes	420

6. La iglesia de Tiatira	421
6.1 Tiatira, la ciudad y sus habitantes	421
6.2 La iglesia de Tiatira, tolerante con Jezabel	423
6.3 Tiatira, paralelismos y contrastes	427
7. La iglesia de Sardis	430
7.1 Sardis, la ciudad y sus habitantes	430
7.2 La iglesia de Sardis, moribunda con apariencia de vida	435
7.3 Sardis, paralelismos y contrastes	439
8. La iglesia de Filadelfia	442
8.1 Filadelfia, la ciudad y sus habitantes	442
8.2 La iglesia de Filadelfia, poco poder y puerta abierta	445
8.3 Filadelfia, paralelismos y contrastes	449
9. La iglesia de Laodicea	451
9.1 Laodicea, la ciudad y sus habitantes	451
9.2 La iglesia de Laodicea: arrogante, tibia y vomitiva	454
9.3 Laodicea, paralelismos y contrastes	458
Bibliografía	461
Índice analítico	467
Índice de textos bíblicos	489

Capítulo 1

La iglesia de Jerusalén

1. El nacimiento de la iglesia en Jerusalén

Entre las paredes de una casa anónima¹ de Jerusalén se reunía, casi escondidas, un grupo de amilanados seguidores de aquel galileo² que mes y medio antes, poco más o menos, había sido ajusticiado como malhechor de la manera más ejemplarizante. Eran apenas unas decenas de hombres y mujeres que, cuando se juntaban, solían cerrar bien las puertas del lugar por miedo a las represalias de sus paisanos³ y sus gobernantes. Motivo no les faltaba.

En ese habitáculo cerrado sobrevino un hecho portentoso: “un viento recio [...] llenó toda la casa [...] y fueron todos llenos del Espíritu Santo”.⁴ Este acontecimiento sobrenatural dio lugar al nacimiento de la iglesia en Jerusalén, pero a la vez constituye la marca específica de esta comunidad. Hasta ese momento –Pentecostés– nada hay en los relatos bíblicos que haga pensar que los discípulos, en sus reuniones clandestinas, estuvieran planeando la organización de un movimiento religioso alternativo al judaísmo, ni mucho menos llevar a cabo esfuerzos misioneros.

1 Quizá era el “aposento alto” mencionado en Hch. 1:13.

2 Mt. 26:69. Era común, entre el pueblo, referirse al Maestro como “Jesús el galileo”.

3 Jn. 20:19, 26.

4 Hch. 2:1-4.

Antes de ese instante, la Iglesia no existía como tal porque, en realidad, “la comunidad del pueblo de Dios debe su vida corporativa como cuerpo a su experiencia común y espléndida del Espíritu”.⁵

La fundación de la iglesia en Jerusalén es, pues, la única en la historia que ha sido llevada a cabo sin que intervenga la iniciativa de ningún apóstol, discípulo o predicador itinerante. Esta comunidad nace, exclusivamente, de la iniciativa y obra soberana del Espíritu Santo y desencadena, a partir de ahí, la proclamación pública y poderosa del evangelio de Dios a los hombres, por medio de los hombres que hablan Su Palabra.

Este fue precisamente el caso de este pequeño grupo que, antes de Pentecostés, vivía acobardado y encerrado en sí mismo. El acontecimiento del “viento recio” y de las lenguas “como de fuego” fue seguido inmediatamente por la infusión de una nueva vida y un nuevo poder en los discípulos. Tal experiencia fue reconocida por ellos al instante como el don del Espíritu Santo.⁶ Lo que estaban viviendo era el cumplimiento de la promesa del Padre anunciada por Juan el Bautista⁷ y ratificada por el Maestro.⁸ Todo era cierto. Jesús era aquel que “había de venir”⁹ y ahora, resucitado y glorificado, había derramado el don prometido. La consecuencia inmediata de la presencia del Espíritu en sus corazones fue un ardiente deseo de dar testimonio público y personal acerca del Mesías Jesús –crucificado como malhechor, al que ahora Dios había vindicado haciéndole Señor y Cristo– y de proclamar el arrepentimiento, el perdón de pecados y las bendiciones del Reino para todo aquel que decidiera seguirle con fe.¹⁰

Los discípulos, llenos del Espíritu, salieron de su encierro y se lanzaron a las calles. La ciudad estaba muy concurrida, había peregrinos de todas las naciones, tanto judíos como prosélitos, y todos los que les oían hablar estaban “atónitos y maravillados”.¹¹ Entonces Pedro, puesto en pie, pronunció con fervor el primer sermón de la iglesia y aquel día fueron bautizados y “se agregaron a los creyentes unas tres mil personas”.¹² A partir de ese momento, el crecimiento de la comunidad fue expansivo y “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.¹³

5 Fee, Gordon D. *Pablo, el Espíritu y el Pueblo de Dios*, p. 70. Editorial Vida, Miami, Florida, USA, 2007. cp. 1 Co. 12:13.

6 Hch. 2:16-17.

7 Mt. 3:11; Mr. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33.

8 Jn. 16:7, Hch. 1:4-5.

9 Mt. 11:3, 14; Lc. 7:19-20; Jn. 6:14; Ro. 5:14.

10 cp. Hch. 2:32-40.

11 Hch. 2:7.

12 Hch. 2:41 (DHH).

13 Hch. 2:47.

Entre los nuevos convertidos se contaba un buen número de fariseos¹⁴ y muchos sacerdotes¹⁵ de rango humilde, además de gente del pueblo común que esperaba con sencillez la promesa de un Mesías. Los apóstoles impartían la enseñanza y, todos juntos, compaginaban su asistencia diaria al Templo con las reuniones en las casas. Allí se juntaban para “partir el pan” en comidas comunitarias con un espíritu de “alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo”.¹⁶

2. La iglesia en Jerusalén y el templo judío

Otra de las singularidades de la iglesia jerosolimitana es su relación con el Templo, cuya proximidad y coexistencia va a condicionar, en los primeros momentos su vida, tanto su actividad comunitaria como las tendencias doctrinales de un sector significativo de sus integrantes.

La coexistencia del Templo de Herodes, junto al Templo del Espíritu, significó una contradicción intrínseca que la iglesia de Jerusalén tuvo que enfrentar e intentar resolver del mejor modo posible, desde el amor, pero también desde la contemporización con las tradiciones hebreas. Sin embargo, la ostentosa edificación del Templo de Herodes y sus elaborados ceremoniales estaban llamados a desaparecer –como así sucedió– mientras que el Templo del Espíritu –la Iglesia– estaba destinado a reemplazarlo, siendo ahora el edificio espiritual “no hecho de manos” que desborda y supera todo lo prefigurado en el ritual judaico, y que “va creciendo para ser un templo santo en el Señor”.¹⁷ La presencia de Dios ya no se radicará en el Lugar Santísimo, sino en el seno de la Iglesia habitada por el Espíritu Santo y en el corazón de cada redimido.

En los primeros años, la iglesia de Jerusalén mantuvo una relación muy estrecha con el Templo. Tanto es así, que los atrios del mismo se convirtieron en su Lugar habitual de reunión, al que acudían diariamente con entusiasmo. Esto era algo natural, dadas sus raíces judías y, además, fue una estrategia muy adecuada para propagar el anuncio del evangelio.

¹⁴ Hch. 15:5.

¹⁵ Hch. 6:7.

¹⁶ Hch. 2:43-47.

¹⁷ Ef. 2:21, cp. 1 Co. 3:9; Heb. 9:11.

Ahora bien, la reseña que hace el autor de los Hechos: “Y perseverando unánimes cada día en el templo...”,¹⁸ da pie a pensar que la asistencia al centro oficial del culto judío era percibida por la comunidad como una necesidad y también como un compromiso con su pasado. Todavía no eran conscientes de la radical incompatibilidad que representaba su nueva vida en Cristo y su pertenencia al nuevo templo espiritual, con la actividad de un Templo/Sistema que encarnaba escandalosamente los intereses de las élites gobernantes y el exclusivismo de raza. En lugar de servir como promotor de auténtica espiritualidad, el sistema religioso oficial se dedicaba, fundamentalmente, a mantener su propio *statu quo*.

Importa saber que los altos cargos de clero, y en especial el papel del Sumo Sacerdote, habían perdido mucho de su respetabilidad original.¹⁹ Desde la destitución del sacerdote Onías I (175 a. C.) por parte de Antíoco IV Epífanes, en adelante, el nombramiento del Sumo Sacerdote sufrió constantemente graves injerencias políticas.²⁰ Tanto los regidores herodianos, como los procuradores romanos, dejaron de respetar las antiguas normas de legitimidad y convirtieron este oficio en un importantísimo medio de control y coerción social.

Dado que el Sumo Sacerdote ejercía por lo general como presidente del Sanedrín, convenía enormemente al poder político tener en ese puesto a un personaje manipulable. Además, este modo de designación proporcionaba un, no menos importante, cambalache de prebendas y beneficios económicos. Jesús se refería a todo este conglomerado social y religioso, encarnado por Israel y representado por el Templo, como la “higuera que tenía hojas” pero no tenía fruto; y a renglón seguido actuó: “entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas.”²¹

18 Hch. 2:46.

19 “Hay que recordar, en primer lugar, una serie de hechos capaces de hacer disminuir la importancia del Sumo Sacerdote. Las intromisiones del poder político eran totales... Herodes, por ejemplo, nombró Sumo Sacerdote a Aristóbulo... cuando este solo tenía diecisiete años, mientras que la edad canónica para el sacerdocio era normalmente de veinte años. Pero hay un hecho que debió resultar tremendamente subversivo. Herodes, para quitar importancia al cargo de sumo sacerdote, se atrevió a nombrar y destituir a su antojo a los sumos sacerdotes... desde entonces, incluso bajo los romanos, el cargo ya no fue vitalicio ni hereditario. Herodes logró, al menos en parte, su objetivo; pero el nuevo ordenamiento trajo como consecuencia una total subordinación de los sumos sacerdotes a los jefes políticos, casos de simonía y rivalidad entre los sacerdotes principales”. Jeremías, Joachim. *Jerusalén en tiempos de Jesús*, p. 178, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1977.

20 Por ejemplo, el asesinato del Sumo Sacerdote Aristóbulo (35 a. C.), cuñado de Herodes, poco después de ser nombrado para el cargo: “... el pueblo aclamó abiertamente a Aristóbulo mientras oficiaba como Sumo Sacerdote en la fiesta de los Tabernáculos, Herodes tomó la firme solución de deshacerse de él como del más peligroso rival... Mientras el joven Aristóbulo estaba... dándose un baño tras la comida, fue sumergido, como en broma, por algunos compañeros pagados por Herodes y retenido bajo el agua hasta que se ahogó. Herodes, naturalmente, fingió la más profunda pena y hasta llegó a derramar lágrimas, aunque nadie las consideró sinceras”. Schürer, Emil. *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Tomo I, pp. 387-388, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1985. cp. Josefo, Flavio. *Antigüedades de los Judíos*, XV, III, 3.

21 Mr. 11:13-15.

3. Beneficencia y comunidad de bienes

No todo era negativo en las prácticas del judaísmo. En la Jerusalén del siglo I era habitual la preocupación por los necesitados. Estos recibían ayuda por medio de dos instituciones benéficas, el *tamjuy* (escudilla de los pobres) y la *qûppah* (cesta de los pobres). El *tamjuy* se distribuía diariamente a los pobres que estaban de paso; consistía en alimentos (pan, judías, frutas...). La *qûppah* se entregaba semanalmente a los pobres de la ciudad, y se componía básicamente de alimentos y vestidos.²² Los esenios, por su parte, tenían en cada ciudad un encargado de facilitar, a los peregrinos de su secta, ropa y artículos de primera necesidad.²³

Los judíos que acudían en peregrinación a las fiestas anuales de Jerusalén tenían por costumbre, y como algo muy honroso, practicar la caridad en la ciudad santa; a ello se dedicaba una parte de su segundo diezmo. Incluso, el propio aparato gobernante del Templo se apiadaba de aquellos sacerdotes tullidos o con taras físicas, a los que les estaba vedado officiar. En este caso, se les permitía desempeñar tareas menores como, por ejemplo, amontonar leña para el santuario. A cambio de estos servicios tenían derecho a la parte de los ingresos que les correspondían por su pertenencia a una familia sacerdotal.²⁴ De hecho, uno de los pilares fundamentales de la piedad judía era la *Tzedaká* (limosna), que junto con la *Teshuvá* (arrepentimiento) y la *Tefilá* (oración), constituían la base esencial de la vivencia religiosa hebrea.

Los miembros de la iglesia en Jerusalén estaban impregnados de esta sensibilidad social, pero su interés por los necesitados fue reformulado radicalmente siguiendo las enseñanzas del Maestro. Para Jesús, la práctica de la *Tzedaká*²⁵ tenía mucho más que ver con la idea de justicia que con la filantropía o la costumbre de dar limosnas. El Evangelio según San Mateo recoge, en un mismo pasaje, el uso ambivalente y muchas veces pervertido por parte de los religiosos del concepto *tzedaká*:

“Porque os digo que si vuestra justicia [tzedaká] no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino

22 Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 149.

23 Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 148.

24 Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 152.

25 El término *tzedaká* se usa en multitud de pasajes del A. T., lo cual nos permite acotar con mucha precisión su significado. Aunque se suele traducir como “caridad”, la raíz hebrea de este vocablo conecta estrechamente con la idea de “justicia” y “rectitud” (*heb. tzedek*). En este sentido, la *tzedaká* se distingue del concepto caridad/limosna, entendido generalmente como un sentimiento filantrópico o una liberalidad discrecional. La *tzedaká*, de la que habla el A. T. y que Jesús enseñó, significa “solidaridad”. Así, ayudar a los desfavorecidos es hacer *tzedaká*, es hacer justicia. La ayuda a quienes necesitan no es entonces un acto de bondad, sino una obligación ética. cp. Fundación Tzedaká, Tzedaka, su significado. <https://www.tzedaka.org.ar/fundacion/tzedaka-su-significado/> (Consultado 04/Oct/2021).

de los cielos... Guardaos de hacer vuestra justicia [tzedaká] delante de los hombres, para ser vistos de ellos... Cuando, pues, des limosna [tzedaká], no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas... Mas cuando tú des limosna [tzedaká], no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna [tzedaká] en secreto”.²⁶

La ambivalencia calculada con la que Jesús hace uso en este texto del término *tzedaká* (justicia/limosna), es sin duda un genial juego de palabras, con el cual el Maestro criticó claramente la práctica de la justicia social en sus tiempos y pone de relieve la existencia de una noción interesada, hipócrita y formalista, de la beneficencia por parte de aquellos –escribas y fariseos– que debieran ser los guías y modelo a seguir por la sociedad.

La iglesia de Jerusalén entendió muy bien lo que Jesús quiso decir y su respuesta fue categórica: redefinir para sí misma el concepto de propiedad. En la comunidad, ahora vivificada y empoderada por el Espíritu de amor, “ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”; al contrario, “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma” y en consecuencia “tenían todas las cosas en común”.²⁷ El concepto de la propiedad como derecho absoluto quedó relativizado y todos, gozosos y unánimes, asumieron que cuanto poseían formaba parte de una mayordomía concedida por Dios –único propietario absoluto de todo– para el bienestar de sus criaturas. Por lo tanto, las posesiones materiales debían ser redistribuidas de forma tal que, como diría el apóstol Pablo: “... en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad...” de manera que “El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos”.²⁸ Los creyentes de esta joven comunidad se desprendían, apasionada y voluntariamente, de sus propiedades y “todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”.²⁹ No se trataba en absoluto del impulso revolucionario de unos cuantos exaltados; personajes de tanta prudencia y sensatez como Bernabé³⁰ participaron involucrándose personalmente en esta experiencia de solidaridad.

26 Mt. 5:20, 6:1-4.

27 Hch. 4:32.

28 2 Co. 8:14-15.

29 Hch. 4:34-35.

30 Hch. 4:36-37.

La solidaridad comunal es, pues, otro rasgo singular que distingue y honra a la iglesia en Jerusalén. El Nuevo Testamento no menciona ningún otro caso comparable. En este punto, eruditos y comentaristas han expresado las más diversas opiniones, llenas muchas veces de matizaciones sutiles, e incluso retorcidas, con tal de desacreditar o ensalzar –cada uno según sus preferencias ideológicas– la radicalidad de la iglesia en Jerusalén en los asuntos económicos. En cualquier caso, un hecho es innegable: en este contexto de vida en común y solidaridad integral, la iglesia de Jerusalén vivía con “alegría y sencillez de corazón”,³¹ tenía “el favor de todo el pueblo”,³² “no había entre ellos ningún necesitado”,³³ y “los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”.³⁴ Así interpretó el autor del texto bíblico lo que estaba ocurriendo en Jerusalén.

Cuando se argumenta acerca del acierto o de la extravagancia de esta explosión de amor solidario, se suele soslayar con demasiada frecuencia que lo que estaba ocurriendo allí obedecía a la poderosa obra del Espíritu Santo, que promovió y se involucró explícitamente en la tutela de aquella comunidad de bienes. Para el Espíritu, se trataba de un asunto muy serio. Recuérdese la inusitada gravedad del pecado de Ananías y Safira cuando, en su hipocresía sobre la venta de sus propiedades, mintieron a la iglesia, pero con ello también al Espíritu del Señor y a Dios: “No has mentido a los hombres, sino a Dios”.³⁵ A continuación murieron de forma súbita.

Importa también subrayar que la puesta en común de los recursos económicos fue el modelo que Jesús decidió escoger para su comunidad de discípulos durante su ministerio público. Jesús y los que le seguían vivían de una bolsa común³⁶ y habían dejado todos sus bienes.³⁷ Y eso a pesar de que entre ellos había un ladrón, hipócrita y mentiroso, que al igual que Ananías y Safira tuvo un trágico final. No obstante, son muchos los que consideran que esta fue una experiencia fallida y califican de fracaso todo intento de comunalidad cristiana. En su opinión, la puesta en común de las propiedades llevará inevitablemente –a todo grupo social, incluida la iglesia– a la ruina económica y a la dependencia de ayudas externas. Apoyan sus argumentos en los conocidos textos bíblicos³⁸ que

31 Hch. 2:46.

32 Hch. 2:47.

33 Hch. 4:34.

34 Hch. 5:14.

35 Hch. 5:4, 9.

36 Jn. 12:6; 13:29.

37 Lc. 5:11; 5:28; Mt. 19:27-29; Mr. 10:28-30; Lc. 18:28-30.

38 Hch. 11:28-30; Ro. 15:26-27; 1 Co. 16:1-4; Gl. 2:10.

hacen referencia a las ofrendas que otras iglesias tuvieron que enviar a la de Jerusalén a causa de su pobreza y hambruna. Tal interpretación carece del más mínimo esfuerzo por contextualizar la situación, lo que conduce a conclusiones equivocadas –y en algunos casos a la complicidad con determinados presupuestos de índole política– que distorsionan la realidad de lo que era la vida en la Jerusalén de aquel tiempo.

En este asunto, es de especial importancia tomar en cuenta dos factores estructurales que afectaban a la iglesia de Jerusalén. En primer lugar, que las sequías³⁹ y los períodos de carestía,⁴⁰ escasez y hambre⁴¹ eran frecuentes y repetitivos en la ciudad y sus alrededores. Y, en segundo lugar, el ostracismo económico que, con toda probabilidad, tuvo que sufrir la iglesia al vivir, necesariamente inmersa, en un entorno socioeconómico y laboral donde toda actividad artesanal o comercial giraba en torno al culto del Templo, sus aprovisionamientos y la recepción de peregrinos. El aislamiento económico que sufrió debió ser muy grave, máxime si se tiene en cuenta el control que la aristocracia sacerdotal y las élites económicas ejercían sobre toda actividad económica anexa al culto.

Además, habría que añadir un tercer factor, en este caso circunstancial: el éxodo forzoso de los miembros de mayor nivel económico de la

39 “Notemos, finalmente, la profesión de *aguador*, tan curiosa para nosotros. Josefo habla del comercio del agua durante los años de sequía: *antes de su llegada (la de Tito), como sabéis, se había agotado la fuente de Siloé, lo mismo que todas las demás situadas delante de la ciudad; por lo que el agua tenía que ser comprada por cántaros*”. Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 25, cp. Mr. 14:13.

Faltaba sobre todo el agua. Jerusalén no tenía más que una fuente de cierta importancia: la de Siloé, situada al sur de la ciudad. Aunque no había que comprarla por cántaros, como en épocas de escasez, era preciso, sin embargo, economizar el agua de las cisternas, o bien había que traerla de lejos por acueductos. Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 44.

40 En el año 64 a. C., un huracán destruyó toda la cosecha, “hasta el punto de que el *modus* de trigo fue vendido a 11 dracmas” ... Así que los precios se multiplicaron por 16... También Josefo nos transmite los precios pagados durante el hambre que sobrevino bajo el mandato de Claudio. “A 4 dracmas se vendió el *issâron*...”. Los precios, por consiguiente, se multiplicaron por 13. Jeremías, Joachim. *op. cit.* pp. 141-142.

41 Transcribimos aquí las múltiples calamidades sufridas en Jerusalén, según Joachim Jeremías, *op. cit.* pp. 160-163:

1. En la época de Antíoco V Eupator, fue sitiada Jerusalén (163 a. C.); los campos debido al año sabático (164-163) estaban improductivos, lo que agravó el hambre. La escasez afectó principalmente a los sitiados, ya que las provisiones existentes en la ciudad se agotaron pronto; pero también alcanzó a los sitiadores.
2. Un poco antes del 65 a. C. ... tuvo lugar una persistente sequía... tras la primera mitad de *adar* (comienzo de marzo) que solía marcar el fin del período de lluvias, aún no había caído una gota de agua.
3. Después de la Pascua del 64 a. C., un huracán destruyó las cosechas de todo el país.
4. El asedio de Herodes a Jerusalén, en el 37 a. C., coincidió con el año sabático del 38-37; por lo que surgió el hambre en la ciudad. Incluso los sitiadores padecieron necesidad, pues sus adversarios habían saqueado todos los alrededores.
5. En el año 31 a. C., tuvo lugar un terremoto que acabó con una parte del ganado del campo.
6. Después de la muerte de la reina Mariamme, ocurrida en el 29 a. C., azotó al país una peste.
7. Especiales estragos causó el hambre surgida en el año decimotercero de Herodes, el 25-24 a. C.
8. Bajo el dominio del emperador Claudio (41-54 d. C.) sobrevino en Palestina una gran hambre. El número de noticias acerca de este acontecimiento ya indica por sí mismo su importancia.
9. Hay que situar poco antes del 66 d. C. una gran escasez de agua que padeció Jerusalén durante una de las tres fiestas de peregrinación... Hubo otros casos parecidos de falta de lluvia durante los años anteriores a la destrucción de Jerusalén.
10. Al final del verano del año 69 d. C. ... sobrevino una sequía que menciona Josefo [en la que] se secó la fuente de Siloé, lo mismo que las demás situadas delante de la ciudad... Además, el año que va desde el otoño del 68 al otoño del 69 fue año sabático.

comunidad. Tras la muerte de Esteban –judío helenista–, la persecución y subsiguiente dispersión afectó en mayor medida a los creyentes de origen “griego”.⁴² Por lo general estos tenían una posición económica más elevada que los “hebreos”, lo cual explicaría que, tras la partida de los helenistas, la comunidad de Jerusalén sufriese graves dificultades económicas.⁴³ Si es que se puede hablar de fracaso en la experiencia comunitaria de Jerusalén, este se debió principalmente a las causas externas mencionadas, más que a un supuesto defecto intrínseco del sistema comunal, la deficiente gestión de los recursos en la iglesia o la holgazanería de los beneficiarios del sistema de ayudas.

El modelo jerosolimitano no puede, ni debe, ser impuesto como única forma de vivir auténticamente el cristianismo. De hecho, los apóstoles no lo veían así y en cada ciudad la solidaridad cristiana se manifestaba de acuerdo con sus diversas circunstancias vitales. Pero tampoco cabe la descalificación o la negación de sus beneficios y vigencia, ya que el Espíritu Santo obrará en cada comunidad del modo más adecuado a sus circunstancias y de la manera que mejor favorezca al testimonio del evangelio. Sin duda, la vida comunal ha tenido, y tiene, en muchos momentos su espacio y también la virtud de cubrir, en muchos lugares, las necesidades que los cristianos del primer mundo y/o los procedentes de entornos familiares y sociales bien estructurados estamos lejos de comprender y, por tanto, de juzgar.

4. La ciudad de Jerusalén, orígenes históricos

La ciudad de Jerusalén se asienta, desde tiempos inmemoriales, en una meseta irregular de las montañas de Judea. En esta elevación se encuentran, una frente a otra, las colinas de Sion y Moriah. Sobre el monte de Sion se alzaba la fortaleza de Jebús que fue conquistada por el rey David (c. 1004 a. C.) para convertirla en capital de su reino. Estableció allí su corte, la sede de su gobierno y su palacio, incluso cambió su nombre por “La ciudad de David”. Salomón, su hijo y sucesor, siguió fortificando la ciudad, pero su mayor contribución fue la construcción del primer Templo sobre el monte Moriah.⁴⁴

42 Aguirre, Rafael. *La Iglesia de Antioquía de Siria*, p. 23, Desclée de Brouwer, Bilbao, España, 1988.

43 Aguirre, Rafael. *op. cit.* p. 22.

44 Según una tradición muy antigua, Moriah es la colina sobre la que se construyó el Templo de Salomón, pero no hay forma de comprobar esto. cp. Payne, D. F. *Nuevo Diccionario Bíblico*, Ediciones Certeza, Downers Grove, Illinois, USA, 1991., p. 690.

En el libro de Génesis hay referencias que parecen aludir a esta vieja polis semita, como por ejemplo: “Salem”, que con toda probabilidad se trata de Jerusalén.⁴⁵ De ser cierta esta correspondencia, la ciudad en tiempos de Abraham fue gobernada por el rey Melquisedec “sacerdote del Dios Altísimo”. También hay menciones a la “tierra de Moriah”,⁴⁶ lugar donde Abraham, obedeciendo la orden de Dios, llevó a sacrificar a Isaac su hijo. Es evidente la importancia simbólica y religiosa que impregna el solar donde se asentó Jerusalén y, en consecuencia, la consideración de ciudad santa que retiene, primeramente, para los judíos y, más tarde, para cristianos y musulmanes.

Hasta ahora, las investigaciones llevadas a cabo no han permitido establecer con certeza la historia primitiva de Jerusalén. Bien es cierto que se han encontrado rastros de un asentamiento prehistórico en la ciudad. De fecha posterior, en la colina de Ophel –una colina al sur del Monte del Templo y situada dentro de la actual Jerusalén– hallazgos cerámicos revelan que la ciudad fue habitada en época tan temprana como la Edad del Cobre, cerca del IV milenio a. C. Ahora bien, lo que importa, para la comprensión del trasfondo histórico de la iglesia en Jerusalén, son más bien las circunstancias y vicisitudes de la ciudad en el siglo I.

5. Jerusalén, dominación romana en el siglo I

La provincia de Judea, y con ella Jerusalén, vivieron durante el siglo I bajo la dominación político-militar de Roma. La forma de gobierno, en esta época, estuvo marcada por la alternancia entre períodos de regencia de la dinastía herodiana –monarquía subsidiaria y tutelada por Roma– y etapas de gobierno directo del imperio por medio de prefectos y procuradores romanos designados por el emperador. Los distintos gobernantes de la primera centuria en Jerusalén quedan reflejados en el cuadro siguiente:

45 Gn. 14:18; cp. Sal 76:2.

46 Gn. 22:2.

PERÍODO	GOBERNANTE	TÍTULO
4 a. C. – 6 d. C.	Herodes Arquelao	Etnarca herodiano
6-9 d. C.	Coponio	Prefecto romano
9-12 d. C.	Marco Ambivio	Prefecto romano
12-15 d. C.	Anio Rufo	Prefecto romano
15-26 d. C.	Valerio Grato	Prefecto romano
26-36 d. C.	Poncio Pilato	Prefecto romano
37 d. C.	Marcelo	Prefecto romano
37-41 d. C.	Marullo	Prefecto romano
41-44 d. C.	Herodes Agripa I	Rey herodiano
44-46 d. C.	Cuspio Fado	Procurador romano
46-48 d. C.	Tiberio Julio Alejandro	Procurador romano
48-52 d. C.	Ventidio Cumano	Procurador romano
52-59 d. C.	Marco Antonio Félix	Procurador romano
59-62 d. C.	Porcio Festo	Procurador romano
62-64 d. C.	Clodio Albino	Procurador romano
64-66 d. C.	Gesio Floro	Procurador romano

5.1 Herodes Arquelao (4 a. C. – 6 d. C.)

Al comenzar el siglo I, el gobierno de Jerusalén estaba en manos de Arquelao (c. 23 a. C. – c. 18 d. C.). Su padre, Herodes I el Grande (c. 73 a. C. – c. 4 d. C.), había dispuesto en su testamento que, a su muerte, su reino se dividiera en tres partes, una para cada uno de sus tres hijos: Arquelao y Antipas, hijos de su esposa samaritana Maltace, y Felipe, su hijo con Cleopatra de Jerusalén. Su nombramiento fue ratificado en el año 4 a. C. por el emperador Augusto, que otorgó a Arquelao el título

de “etnarca” de Judea, Samaria e Idumea, no sin la oposición de los judíos, que enviaron una delegación a Roma solicitando que no se diera la gobernación a ninguno de los príncipes herodianos. Por el contrario, pedían que se hiciera cargo de la región un romano que les permitiera, de eso trataba la embajada, continuar viviendo bajo sus leyes. Entretanto, mientras esperaban la decisión imperial, Arquelao sofocó sin miramientos una protesta multitudinaria de fariseos matando a cerca de tres mil de los amotinados.⁴⁷

Arquelao tenía la peor reputación de todos los hijos de Herodes⁴⁸ y poseía todos los vicios de su padre sin ninguna de las cualidades que los compensaban para hacer de él un hombre de Estado competente. Continuó, como su padre, quitando y poniendo sumos sacerdotes a capricho; en sus nueve años de gobierno nombró a tres: Eleazar, hijo de Boeto (4 a. C. – 3 a. C.), Jesús, hijo de See (3 a. C. – 6 d. C.), y Joazar, hijo de Boeto (6 d. C.). Hirió la susceptibilidad religiosa judía al casarse –transgrediendo las normas del levirato– con Glafira, que antes había sido esposa de su difunto hermano Alejandro.⁴⁹

Su gobierno duró alrededor de nueve años (4 a. C. – 6 d. C.). Finalmente, Judea y Samaria enviaron a Roma una delegación de aristócratas para protestar ante Augusto por los desmanes e incompetencia de Arquelao, advirtiéndole al mismo tiempo que, de seguir así, no tardaría en producirse alguna algarada importante en Judea.⁵⁰ Roma, cansada de los problemas que la cruel severidad y la torpeza de este reyezuelo estaban causando, depuso a Arquelao y lo desterró a Vienne en las Galias.

5.2 Prefectos – 1^{er} período de gobierno directo de Roma (6-41 d. C.)

Tras la destitución de Arquelao, Judea pasó a ser una provincia de segundo orden en la estructura imperial. La administración de estas provincias era desempeñada por prefectos y procuradores romanos que, a su vez, estaban bajo las órdenes y supervisión de los legados romanos en Siria. Los legados, generalmente, no intervenían en los asuntos de Judea,

47 Maier, Paul L. *Josefo, Los Escritos Esenciales*, p. 243, Editorial Portavoz, Grand Rapids, Michigan, USA. 1992. (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos*, XVII, IX, 1, 2, 3).

48 No es de extrañar que José y María, estando en Egipto, tuvieran temor de regresar a Judea. cp. Mt. 2:22.

49 “La antigua institución israelí de casamiento por levirato permitía este casamiento exclusivamente cuando el hermano difunto no hubiera dejado hijos, pero como Glafira se los había dado a Alejandro, no podía invocarse esa institución para justificar tal casamiento”. Bruce, Frederick Fyvie. *Israel y las Naciones*, Editorial Literatura Bíblica, Madrid, España. 1979. pp. 229-230. “La desnudez de la mujer de tu hermano no descubrirás; es la desnudez de tu hermano”. Lv. 18:16.

50 Bruce, Frederick Fyvie. Op cit. p. 230.

salvo que se diesen circunstancias excepcionales, de modo que los prefectos se desenvolvían con bastante independencia en el ámbito militar y político de su jurisdicción. Estos funcionarios provenían normalmente del orden ecuestre.⁵¹ La sede oficial de su gobierno estaba en Cesarea, donde residían habitualmente, pero durante las fiestas anuales, las peregrinaciones o cualquier otra ocasión que requiriera una especial atención al orden público, trasladaban temporalmente su residencia a Jerusalén.⁵²

Las aglomeraciones de peregrinos que acudían a Jerusalén con motivo de las festividades, en especial la Pascua, eran vistas con gran preocupación por las autoridades, tanto romanas como herodianas, siempre temerosas de que, aprovechando la ocasión, algún grupo sedicioso de zelotas o fariseos instigase cualquier tipo de revuelta popular. La cautela era tal que no dudaron en confiscar los ornamentos sagrados del Sumo Sacerdote –sin los cuales no se podía celebrar el sacrificio del Día de la expiación– y ponerlos bajo la custodia del gobierno en la bien protegida torre Antonia, entregándolos únicamente al servicio cultico en los días de fiesta.⁵³

Tras la destitución de Arquelao, Judea quedó como provincia subsidiaria de Roma y, por lo tanto, debía pagar sus tributos directamente a las arcas imperiales. A este efecto, “se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria”.⁵⁴ Esta medida administrativa provocó el disgusto de muchos judíos piadosos, no tanto por el hecho de recontar la población y sus propiedades, sino porque entendían que solo Dios era el legítimo rey de Israel y que únicamente a él debían pagar tributo,⁵⁵ eso sí, por medio de sus representantes religiosos.

En esta situación, dos activistas temerarios, Judas de Gamala, insurgente de inspiración zelota, y un fariseo llamado Sadoc, llamaron a la rebelión.⁵⁶ El resultado fue desastroso; en palabras de Gamaliel: “Judas...

51 Rango de segunda categoría en la jerarquía social romana entre hombres libres. En la cúspide social estaba el orden Senatorial, seguido del orden Ecuestre, después, más abajo, el orden Decurional, y en la base la plebe.

52 Por esta razón, Poncio Pilato estaba en Jerusalén cuando se celebró el proceso contra Jesús. Era la fiesta de la Pascua.

53 Herodes el Grande, Arquelao y, después de él, los romanos no encontraron un medio más eficaz para evitar las revueltas de los judíos que guardar bajo su custodia en la torre Antonia los ornamentos del Sumo Sacerdote, entregándolos únicamente para los días de fiesta. Asimismo, se explica la tenaz lucha sostenida por los judíos para rescatar estos ornamentos, que no finalizó hasta que los devolvió el emperador Claudio con un decreto de su propia mano el 28 de junio del 45 d. C. Jeremías, Joachim. *op. cit.* p. 168.

54 Lc. 2:1-2.

55 El evangelista Lucas alude a este conflicto muy gráficamente: “Y acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador. Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. ¿Nos es lícito dar tributo a César, o no? Mas él, comprendiendo la astucia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis?”. Lc. 20:20-23.

56 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 248 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XVIII, I, 1.; *Las Guerras de los Judíos* II, 117).

llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él y todos los que le obedecían fueron dispersados”.⁵⁷ Efectivamente, la rebelión fue desbaratada, pero el espíritu levantisco permaneció vivo por varias generaciones hasta culminar, en el año 66 d. C., con la gran rebelión judía y la destrucción del Templo en el año 70 d. C.

Una vez ultimado el catastro de Cirenio, ocupó su puesto Coponio –el primer procurador romano– que administró la provincia hasta su muerte (9 d. C.). Le sucedieron, nombrados por Augusto César, dos procuradores más de corta permanencia en el cargo: Marco Ambivio (9-12 d. C.) y Anio Rufo (12-15 d. C.).

Muerto Augusto César (14 d. C.), le sucedió en el trono romano el emperador Tiberio; este adoptó la práctica –contraria a la de su predecesor– de mantener en el cargo a sus gobernadores por mucho más tiempo, de manera que, durante sus veintitrés años de imperio (14-37 d. C.), solo nombró dos procuradores para Judea: Valerio Grato (15-26 d. C.) y Poncio Pilato (26-36 d. C.). Este último es el que más interesa a propósito del trasfondo histórico del ministerio público de Jesús y del nacimiento de la iglesia en Jerusalén.

5.2.1 Poncio Pilato (26-36 d. C.)

Poncio Pilato, personaje taimado y convenenciero, de nefasto recuerdo no solo para los seguidores de Jesús, sino también para los judíos, a los que, desde el principio, de manera premeditada o no, ofendió continuamente. Su amarga memoria quedó acuñada como proverbial símbolo de indignidad al “lavarse las manos” desentendiéndose de su responsabilidad en la condena de un justo.⁵⁸ Ajeno a toda noción de justicia, prevaricó consciente y deliberadamente en el proceso judicial más importante de la historia.

Apenas comenzar su mandato, Poncio Pilato trasladó sus tropas desde Cesarea a los cuarteles de invierno en Jerusalén. Pero por la noche introdujo en la ciudad unos bustos del emperador que iban unidos a los estandartes militares. Los anteriores procuradores, sabiendo que la ley judía prohibía hacer imágenes y para no ofender las creencias del pueblo, empleaban estandartes desprovistos de tales ornamentos. Pilato, en cambio, quiso ignorar arrogantemente esta concesión, lo que fue tomado por los judíos como una provocación insufrible.

⁵⁷ Hch. 5:37.

⁵⁸ Mt. 27:24.

Las protestas fueron inmediatas y persistentes. Durante cinco días con sus noches los judíos indignados se concentraron alrededor del palacio, implorándole que quitara las imágenes. Al sexto día, cuando los judíos le suplicaron de nuevo, las tropas imperiales, obedeciendo a su señal, rodearon a la gente con las espadas desenvainadas y Pilato los amenazó con la muerte si no cesaban en sus protestas. Los judíos no se acobardaron, exhibieron sus cuellos desnudos, declarando que preferían morir antes que transgredir las leyes. Atónito ante tal celo religioso, de muy mala gana y forzado por la situación, Pilato sacó de inmediato las imágenes de Jerusalén, llevándolas a Cesarea.⁵⁹

En otra ocasión, Pilato, queriendo –supuestamente– hacer gala de su devoción hacia Tiberio, no dudó en instalar en la fachada del palacio de Herodes en Jerusalén unos escudos votivos de oro con el nombre del emperador. Estos escudos, por haber sido dedicados a una deidad pagana, eran ofensivos para el sentir judío. Ante esta nueva ofensa, una delegación judía fue enviada para entrevistarse con Tiberio y denunciar ante él que la colocación de aquellos escudos, en un edificio cercano al Templo, no se debía a la reverencia que Pilato sintiera por el emperador, sino a su deseo de molestar a los judíos. El emperador ordenó la retirada de los escudos.⁶⁰

A estos agravios hay que sumar el enigmático incidente que Lucas narra en su evangelio, relativo a unos galileos “cuya sangre Pilato mezcló con sus sacrificios”.⁶¹ Lamentablemente, no se dispone de otras referencias que aporten información segura sobre el hecho. Algunos estudiosos sugieren que quizá se tratase de algún grupo de peregrinos venidos a Jerusalén para celebrar las fiestas y que, en el patio del Templo, se encontraron envueltos en algún movimiento revolucionario, que sería sofocado por los soldados romanos de la contigua fortaleza Antonia.⁶²

Posiblemente, el único hecho meritorio que se pueda destacar en el mandato de este gobernador sea la construcción de un acueducto con el que se pretendía paliar la endémica escasez de agua en Jerusalén. Pero, incluso esta iniciativa –en principio beneficiosa y necesaria– provocó también el rechazo, tanto de los sacerdotes como del pueblo. Y es que Pilato, consciente de la utilidad que este proyecto tenía para la ciudad, se tomó la libertad de disponer del tesoro sagrado del Templo para financiar las obras de construcción. La población se encolerizó y rodeó el tribunal

59 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 250 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XVIII, III, 1).

60 Bruce, Frederick Fyvie. *op. cit.* p. 233.

61 Lc. 13:1.

62 Bruce, Frederick Fyvie. *op. cit.* p. 234.

de Pilato cuando visitó Jerusalén. En previsión de un motín, Pilato había dispuesto a muchos soldados mezclados entre la multitud y, cuando él dio una señal, apalearon a los judíos que protestaban. Aunque Pilato había ordenado que no emplearan las espadas, murió mucha gente, algunos por los palos y otros atropellados en la desbandada que siguió.⁶³

El colmo de sus excesos se produjo en Samaria. Una gran multitud de samaritanos –algunos de ellos armados–⁶⁴ se concentraron en el monte Gerizim instigados por un embaucador, que se las daba de profeta y que pregonaba que, en esa fecha, iba a encontrar y desenterrar los vasos sagrados del Tabernáculo de Moisés que, supuestamente, habían sido enterrados en ese monte en los tiempos de la conquista de Canaán. Pilato, recelando de sus intenciones y temiendo una revuelta política, les salió al paso con infantería y caballería. Muchos samaritanos pacíficos murieron en el enfrentamiento, los cabecillas fueron ejecutados, otros fueron hechos prisioneros y el resto fue dispersado. El consejo samaritano, horrorizado por esta inexplicable atrocidad, acudió a Vitelio –gobernador de Siria– y acusó a Pilato de haber hecho una matanza gratuita. Las quejas finalmente surtieron efecto, Vitelio envió a Marcelo –uno de sus amigos– para sustituir a Pilato en el mando de Judea.

Una vez depuesto, y ante la gravedad de los hechos, Vitelio ordenó a Pilato regresar a Roma para defenderse ante el emperador de las acusaciones de los samaritanos. Y así, tras haber pasado diez años en Judea, Pilato regresó a Roma para ser investigado. Esta es la catadura moral del gobernante con el que convivió la iglesia de Jerusalén en sus primeros años de vida.

5.3 Herodes Agripa I (41-44 d. C.)

Agripa (10 a. C. – 44 d. C.) era hijo de Aristóbulo IV⁶⁵ y Berenice, y por tanto, nieto de Herodes I el Grande y su segunda esposa Mariamne. La infancia de este vástago real estuvo marcada por la desgracia y las intrigas políticas. En el año 7 a. C., cuando Agripa tenía solo cuatro años de edad, su abuelo Herodes mandó ejecutar a sus propios hijos Aristóbulo y Alejandro acusados de conspiración.

63 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 251 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XVIII, III, 2).

64 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 253 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XVIII, IV, 1).

65 Aunque ambos personajes homónimos fueron asesinados por Herodes I el Grande, no se debe confundir este Aristóbulo IV, que es su hijo, con el Sumo Sacerdote Aristóbulo III, mencionado anteriormente, que era su cuñado. Véase notas al pie n° 19 y 20 de este mismo capítulo.

El niño huérfano, Agripa, fue enviado junto con su madre a Roma, donde se crió y entabló una buena amistad con la familia imperial. Su vida, en esta época, estuvo llena de turbulencias y altibajos que incluso le llevaron a la cárcel, por la indiscreción de uno de sus libertos que le oyó decir que deseaba la muerte de Tiberio y la ascensión al trono de Calígula.

La muerte de Tiberio en la primavera del año 37 d. C. significó un cambio radical, para bien, en las aspiraciones políticas de Agripa. El nuevo emperador, Calígula (37-41 d. C.), no solo le sacó inmediatamente de la cárcel y le recompensó con una cadena de oro que pesaba tanto como aquella que le había encadenado en prisión, sino que, en uno de sus primeros actos como emperador, puso una diadema en la cabeza de Agripa y le nombró rey sobre la tetrarquía de Felipe⁶⁶ (Herodes Filipo II), que incluía los territorios de Iturea y la provincia de Traconite,⁶⁷ situados al este y norte del lago de Galilea.

En el cuarto año de su reinado, Calígula fue asesinado por Casio Querea y sus conspiradores en una emboscada palaciega. La sucesión fue conflictiva. El Senado romano quería restablecer el gobierno republicano, pero la guardia pretoriana se apoderó de Claudio –tío de Calígula– y lo proclamó unilateralmente emperador. En estos momentos, Agripa estaba en Roma y su mediación a favor de Claudio fue muy importante. Gracias a sus buenos oficios y a su hábil diplomacia, logró que muchos senadores abandonaran su oposición a la candidatura de Claudio.⁶⁸ Los soldados pretorianos hicieron el resto. Finalmente, el nombramiento fue aceptado por el Senado y Claudio vino a ser emperador.

Claudio y Agripa mantenían desde hacía tiempo una relación de buena amistad, ahora fortalecida por el apoyo político demostrado. Así que no es de extrañar que, desde el comienzo de su mandato, Claudio no solo confirmó a Agripa como rey, sino que añadió a sus dominios las provincias de Judea y Samaria. De este modo, Herodes Agripa I fue, durante los tres años restantes de su vida (41-44 d. C.), el rey de Judea y, por ende, rey de Jerusalén. Este es el “rey Herodes” al que se refiere el libro de los Hechos⁶⁹ como responsable de la muerte de Jacobo y del encarcelamiento de Pedro.

Desde el principio, Agripa buscó agradar a los judíos de Jerusalén, procuraba respetar sus costumbres y mostraba preferencia por su compañía,

66 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 255 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XVIII, VI, 10, 11).

67 Lc. 3:1. Jesús, en su ministerio público, atravesó algunas veces los territorios de Felipe, dado que fueron contemporáneos.

68 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 258 (Josefo, Flavio. *Antig. de los Judíos* XIX, IV, 1-6).

69 Hch. 12:1 ss.

a tal punto que hasta los fariseos le tenían cierta estima.⁷⁰ Sin embargo, para la joven iglesia de Jerusalén esta fue una fatal circunstancia; la narración de los Hechos da testimonio de que ese deseo de congraciarse con los judíos fue la causa que provocó la persecución de sus dirigentes.⁷¹

La muerte alcanzó pronto al rey verdugo de los apóstoles. Durante una fiesta en Cesarea en honor del emperador, Agripa se sintió aquejado de un fuerte dolor en el vientre que no remitía y en cinco días le llegó su final. Según el escritor de los Hechos, “expiró comido de gusanos”⁷² y en opinión de Eusebio aquello fue un castigo divino por el vil asesinato de Jacobo.⁷³

5.3.1 Ocaso de la dinastía herodiana en Jerusalén

La muerte súbita de Agripa dejó en la orfandad a tres hijas, Berenice, Mariamne y Drusila, y un hijo homónimo Agripa (en adelante, Herodes Agripa II). Este último tenía en ese momento solo 17 años. Aunque Claudio consideró la posibilidad de nombrarle sucesor en los reinos de su difunto padre, sus consejeros le convencieron de que el gobierno de Judea era una tarea demasiado seria y delicada como para confiarla a un joven sin experiencia. Así fue cómo la provincia de Judea, y con ella Jerusalén, volvieron a ser administradas directamente por procuradores romanos.

No obstante, en el año 49 d. C., Herodes Agripa II fue nombrado inspector del Templo de Jerusalén, con lo cual pudo intervenir y controlar la elección del Sumo Sacerdote. Más tarde, Claudio le nombró rey de Cálcede y, en el año 53 d. C., se añadieron a su mando las tetrarquías de Filipo y Lisantias, junto con otros territorios de Galilea y Perea. Pero nunca llegó a obtener el reinado sobre la provincia de Judea.

A pesar de ello, su reinado no pasa desapercibido en los textos bíblicos. El libro de los Hechos se refiere a este monarca como el “rey Agripa”⁷⁴ que, acompañado de su inteligente hermana Berenice, mantuvo una interesante conversación con el prisionero Pablo de Tarso, entrevista que

70 El pueblo judío “le consideraba más como un rey asmoneo (por su abuela Mariamne) que como miembro de la rama edomita de Herodes. Esto queda bien patente en una historia que se conserva en la Misná, según la cual le tocó, como rey judío, leer la lección de Deuteronomio 17:14-20 (la ley sobre los reyes) en la fiesta de los Tabernáculos de un año sabático (probablemente en 40-41). Cuando llegó a las palabras del versículo 15, “de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti hombre extranjero, que no sea tu hermano”, se le saltaron las lágrimas al pensar en sus antecesores edomitas, mas el pueblo le animó gritándole repetidamente: “¡No te aflijas! ¡Tú eres en realidad nuestro hermano!”. *Misná*, 'Sota' VII, 8. Citado por Bruce, Frederick Fyvie. *op. cit.* pp. 243-244.

71 Hch. 12:3.

72 Hch. 12:23.

73 Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica*, Libro II, 10, 1.

74 Hch. 25:13; 25:24; 25:26; 26:2; 26:7; 26:19; 26:27.

concluyó con la célebre frase que Herodes Agripa II espetó al apóstol: “Por poco me persuades a ser cristiano”.⁷⁵

Durante la gran revuelta judía del año 66 d. C., este príncipe herodiano se puso del lado de Roma y combatió junto a Vespasiano, cayendo herido en el asedio de Gamala. Tras la caída de Jerusalén, se retiró junto con su hermana Berenice a Roma donde murió alrededor del año 100 d. C.; con la desaparición de Herodes Agripa II se extinguió la rama judía de la dinastía herodiana.

5.4 Procuradores – 2º período de gobierno directo de Roma (44-66 d. C.)

El retorno al sistema de gobierno directo de Roma no resultó del agrado del pueblo. No se trataba exclusivamente de si los procuradores eran más o menos buenos, o malos, ni más o menos considerados, o arrogantes. Después de haber disfrutado durante tres años del gobierno de Herodes Agripa I –a quien consideraban compatriota y casi hermano suyo–, siempre proclive a atender sus reivindicaciones, respetuoso de sus costumbres y cercano a los postulados de las autoridades religiosas y del Concilio, ningún procurador romano, por benigno que fuera, hubiera logrado su aprobación. En realidad, no les faltaba razón para el disgusto, ya que los procuradores de este período no fueron mucho mejores que el propio Pilato.

Entre el año 44 y el 66, o sea hasta el inicio de la guerra con Roma, se sucedieron siete procuradores cuyos nombres y fechas de gobierno se han reseñado anteriormente.⁷⁶ Entre ellos hay dos cuyo perfil interesa resaltar por su relación con los sucesos que se relatan en los Hechos de los Apóstoles. Estos son Antonio Félix y Porcio Festo.

5.4.1 Marco Antonio Félix (52-59 d. C.)

Marco Antonio Félix, conocido en el Nuevo Testamento como el “gobernador Félix”,⁷⁷ fue el procurador romano de Judea y Samaria durante los años 52 a 59 d. C. tras la destitución de su predecesor, Ventidio Cumano. Parece ser que el sumo sacerdote Jonatán solicitó al emperador Claudio que nombrase a Félix para cubrir esa vacante.⁷⁸ De ser así, el sumo sacerdote

⁷⁵ Hch. 26:28.

⁷⁶ Véase el cuadro de gobernantes al inicio del punto 5.

⁷⁷ Hch. 23:24; 23:26.

⁷⁸ Josefo, Flavio. *Antigüedades de los Judíos*, XX, VIII, 5.

no estuvo muy acertado en su elección, pues tiempo después, según Josefo, el propio Félix contrató a unos sicarios para que lo asesinaran.⁷⁹

El ascenso social de Félix fue realmente vertiginoso, tanto así, que llamó la atención de sus contemporáneos e historiadores antiguos. En sus primeros tiempos de vida fue simplemente un esclavo, algo que debió influir en su forma de gobernar. Tácito afirma que “con salvajismo y codicia ostentó los poderes de un rey con todos los instintos de un esclavo”.⁸⁰ Desempeñaba sus servicios, junto a su hermano Pallas –también esclavo– en la casa de Antonia, madre del emperador Claudio. Cuando fueron emancipados, su hermano Pallas alcanzó una posición de gran influencia en la administración imperial, jefe del servicio civil, un cargo equiparable al de un secretario de Hacienda.

Félix supo manejar con mucha habilidad sus oportunidades de matrimonio, contrajo tres nupcias; dos de ellas, al menos, con mujeres pertenecientes a la realeza. La primera era nieta de Antonio y Cleopatra. La segunda esposa fue Drusila, hija del rey de Judea, Herodes Agripa I; con la que tuvo un hijo que pereció junto a su madre en la erupción del Vesubio del año 79 d. C. De su tercera consorte poco se sabe, pero debió pertenecer a alguna familia regia, ya que Suetonio afirma que Félix fue “marido de tres reinas”.⁸¹ Con la influencia de su hermano, los matrimonios de alta cuna que contrajo y la recomendación hecha a Claudio por el sumo sacerdote Jonatán, Félix se vio aupado a un puesto con el que ningún liberto habría soñado.

El gobierno de Félix se caracterizó por la represión y las revueltas. En su tiempo proliferaron grupos insurgentes opuestos al régimen imperialista, que el poder romano consideraba bandidos a los que aplicar mano dura, mientras que para la mayor parte de la población aquellos insurrectos no eran bandidos sino patriotas. Esto hizo que su gobernación concitara el rechazo en el pueblo común.

Uno de los movimientos rebeldes, que fue duramente reprimido por Félix, aparece consignado en los Hechos.⁸² Alrededor del 54 d. C., un egipcio que se hacía pasar por profeta había amotinado al pueblo con la promesa, mejor dicho, el embuste, de que una vez reunidos –consiguió reclutar a cuatro mil seguidores– en el Monte de los Olivos, y a una señal

79 Maier, Paul L. *op. cit.* p. 261.

80 Green, E. M. B. y Hemer, J. H. *Nuevo Diccionario Bíblico*, p. 506, Ediciones Certeza, Downers Grove, Illinois, USA (citando a Tácito, Cornelio. *Historias*, 5, 9).

81 Suetonio. *Los Doce Césares* – Claudio, XXVIII.

82 Hch. 21:38.

suya, las murallas de Jerusalén se desplomarían al igual que sucedió con Jericó en tiempos de Josué. Cuando se hubieran desplomado sus muros, ellos asaltarían la ciudad y tomarían el control. Félix no se dejó impresionar, envió sus tropas y el resultado fue de 400 muertos, 200 prisioneros y la huida en desbandada de los demás, incluido el propio “profeta” egipcio que desapareció sin dejar rastro. No obstante, este egipcio no era sino uno más de los numerosos impostores que en aquellos días amotinaban al pueblo prometiéndoles emular los épicos milagros de Moisés y Josué para liberarse del yugo romano.

Pues bien, cuando el tribuno Claudio Lisias, subalterno del gobernador Félix, acudió en rescate del apóstol Pablo –arrancándole de las manos de una turba enfurecida que le quería matar en las inmediaciones del Templo–, se extrañó de oírle hablar en griego y se sobresaltó pensando que era el embustero egipcio que había regresado. El redactor de los Hechos hace una exacta reseña de aquel incidente: “Cuando comenzaron a meter a Pablo en la fortaleza, dijo al tribuno: ¿Se me permite decirte algo? Y él dijo: ¿Sabes griego? ¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto a los cuatro mil sicarios?”⁸³

La venalidad, y la absoluta falta de interés, del gobernador Félix por impartir justicia se constatan claramente en el texto bíblico. Este gobernador sabía que no había ninguna causa por la que mantener preso a Pablo, y que los informes del tribuno de Jerusalén, Claudio Lisias, eran favorables a su liberación: “hallé que le acusaban por cuestiones de la ley de ellos, pero ningún delito tenía digno de muerte o prisión”.⁸⁴ Sin embargo, la única razón por la que no le dejaba en libertad era que: “Esperaba [...] con esto, que Pablo le diera dinero para que le soltase”.⁸⁵

La buena estrella de Félix declinó por su posicionamiento poco prudente en el conflicto que hubo en Cesarea, entre judíos y sirios,⁸⁶ que rivalizaban por la supremacía en la ciudad, disputa en la que él tomó partido por los gentiles. A raíz de esto, Nerón consideró que Félix debía ser llamado a capítulo y le hizo regresar a Roma para dar cuenta de sus actos. Obviamente, Félix se dio cuenta de que, con su falta de equidad, había cometido un error muy perjudicial para su carrera política en Judea; se había enemistado con

83 Hch. 21:37-38.

84 Hch. 23:29.

85 Hch. 24:26.

86 Los judíos reclamaban privilegios invocando que había fundado la ciudad, y los sirios se oponían. Véase Josefo, Flavio. *op. cit.* XX, VIII, 6, 7.

los judíos, que ahora se sentían ofendidos y presentaban sus quejas ante el emperador. En la esperanza de atenuar sus cargos, y como débil compensación, antes de abandonar su cargo, Félix “queriendo [...] congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo”.⁸⁷

5.4.2 Porcio Festo (59-62 d. C.)

Muy poco se sabe de la vida de Festo, antes de que Nerón le nombrase procurador de Judea. Su tiempo de gobernanza fue relativamente breve; no obstante, puso gran empeño en acabar con los elementos violentos del partido de los zelotas, a los que llamaban *sicarios* porque mataban con una pequeña daga (en latín *sica*), que escondían entre sus ropas y les permitía escabullirse entre la multitud después de atentar contra alguien.

Al poco de ocupar su puesto, llegó desde Roma la resolución imperial que daba la razón a los sirios de Cesarea, en cuanto a sus privilegios civiles, en contra de las reclamaciones judías. Esta sentencia dejaba a la población judía en la condición de ciudadanos de segunda clase. En opinión de los judíos, este arbitraje no era imparcial, ya que se había obtenido, supuestamente, sobornando a Beryllus, secretario de Nerón. Las reacciones de descontento y protesta que se sucedieron deben contarse entre las causas del levantamiento judío del año 66.⁸⁸

Un incidente que ilustra el delicado equilibrio de poderes en este período es el referido por Josefo acerca de los vaivenes e indecisiones políticas que hubo con motivo de la construcción de una nueva muralla en el Templo. Este nuevo muro pretendía impedir la vigilancia romana de su interior, pero también la vista indiscreta de la corte de Herodes Agripa II. Aunque este rey no gobernaba sobre Judea, sí tenía derecho a designar y deponer a los sumos sacerdotes, y disfrutaba contemplando lo que sucedía dentro del Templo mientras comía en la parte alta del palacio de los Asmoneos, situado al oeste. En realidad, Agripa II había añadido una torre a este palacio⁸⁹ desde la que tenía una vista privilegiada del recinto sagrado. Esta forma impertinente de intromisión molestaba a los sacerdotes y edificaron una muralla alta para impedirle mirar, muralla que Agripa II y Festo ordenaron derribar, pero ellos apelaron a Nerón. La mujer de Nerón, Popea, sentía simpatías por los judíos y logró de él la autorización para que la muralla siguiera en pie.⁹⁰

⁸⁷ Hch. 24:27.

⁸⁸ Bruce, Frederick Fyvie. *op. cit.* p. 251.

⁸⁹ Bruce, Frederick Fyvie. *ibíd.*

⁹⁰ Maier, Paul L. *op. cit.* p. 262 (Josefo, Flavio. Antig. de los Judíos XX, VIII, 9-11).

Tres días después de tomar posesión de su cargo en Cesarea, Festo fue a Jerusalén. Allí le esperaban “los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos” para pedirle “como gracia” que trajese a Pablo “a Jerusalén; preparando ellos una celada para matarle en el camino”.⁹¹ Festo no cayó en la trampa, sino que les convocó a una audiencia en Cesarea donde estaba custodiado el apóstol, para que, si así lo deseaban, presentaran sus acusaciones contra Pablo.

El asunto debió parecerle urgente e importante, ya que deteniéndose en Jerusalén “no más de ocho o diez días, venido a Cesarea, al día siguiente se sentó en el tribunal” donde “los judíos que habían venido de Jerusalén presentaron contra él muchas y graves acusaciones, las cuales no podían probar”.⁹² Pero, a pesar de la falta total de pruebas, el indigno juego de conveniencias políticas y el precario equilibrio de poderes en la provincia marcaron, una vez más, el desarrollo de los acontecimientos. Y así “Festo, queriendo congraciarse con los judíos” dijo a Pablo “¿Quieres subir a Jerusalén, y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí?”.⁹³

Aquello no tenía sentido ni legitimidad jurídica y Pablo, cansado de dilaciones y estratagemas, tuvo que plantarse en una postura de rechazo ante aquellas artimañas, diciendo: “Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado... si nada hay de las cosas que estos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo”. Festo, puesto en un aprieto, tuvo que negarse a las pretensiones del consejo judío y decretó: “A César has apelado; a César irás”.⁹⁴

Esta decisión de Pablo tuvo importantísimas consecuencias, no solo para el desarrollo de su ministerio, sino para la extensión del evangelio por todo el imperio y para la consolidación de la doctrina cristiana por medio de sus cartas. Lo que aparentemente era una adversidad injustificada, redundó “más bien para el progreso del evangelio”.⁹⁵ Desde su prisión en Roma, el mensaje de Cristo penetró en el corazón mismo de la corte romana, de tal manera que en todo el pretorio se hizo evidente que el apóstol estaba preso por causa de Cristo y esto sirvió para que “la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor se [atrevieran] mucho más a hablar la palabra sin temor”.⁹⁶

91 Hch. 25:1-3.

92 Hch. 25:6-7.

93 Hch. 25:9.

94 Hch. 25:10-12.

95 Flp. 1:12.

96 Flp. 1:13-14.

En su arresto domiciliario de Roma, Pablo recibió y entrenó a multitud de colaboradores, que partieron desde allí propagando el evangelio y fundando iglesias. Y fue también, en la relativa tranquilidad de aquella casa alquilada,⁹⁷ donde Pablo pudo tener el sosiego y el tiempo de reflexión necesario para escribir las Cartas de la Prisión; epístolas en las que emergen asombrosamente las más profundas enseñanzas e implicaciones de la persona y obra de Cristo. Bien pudo decir Pablo aquello de que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”.⁹⁸ Y es que, visto retrospectivamente, este primer proceso en los tribunales de César contra Pablo, con su sentencia absolutoria y posterior liberación, dotó a los cristianos de una cobertura jurídica equiparable al estatus legal que disfrutaban los judíos para el ejercicio de sus actividades.

Festo falleció en el año 62 estando en pleno ejercicio de su cargo. Enterado de su muerte, el César designó como sucesor a Clodio Albino, pero este tardaría aún tres meses en llegar a Judea y tomar las riendas del gobierno. En este *impasse*, el sumo sacerdote Anás II⁹⁹ creyó que, con Festo muerto y Albino todavía de camino, había llegado la oportunidad para sus venganzas personales. Así que mandó arrestar a varias personas de las que deseaba deshacerse y les formó juicio ante el Sanedrín,¹⁰⁰ acusándoles de haber transgredido la ley, y los condenó a ser apedreados. Entre estos condenados se encontraba el dirigente más destacado de la iglesia en Jerusalén, Jacobo, el hermano de Jesús. Su asesinato conmovió a muchos habitantes de la ciudad que, aun sin ser cristianos, sentían profunda simpatía por la rectitud y ascetismo de este hombre a quien llamaban “el Justo”. Herodes Agripa II, apremiado por la presión social, depuso a Anás II del sumo sacerdocio, sustituyéndole por su rival, Jesús hijo de Damneo.

Durante este período, los dirigentes oficiales de la nación judía fueron perdiendo rápidamente el respeto del pueblo llano. El mayor descrédito afectaba especialmente al honorable oficio de Sumo Sacerdote, dignidad que, despreciando todo criterio de legitimidad, se había transformado en una especie de trofeo reservado exclusivamente para la élite de familias saduceas más ricas. La arrogancia de esta

97 Hch. 28:30.

98 Ro. 8:28.

99 Hijo del sumo sacerdote Anás de los Evangelios. cp. Lc. 3:2; Jn. 18:13, 14; Hch. 4:6.

100 Un acto plenamente ilegal, Anás II no tenía autoridad para convocar el Sanedrín sin el permiso del procurador. Maier, Paul L. *op. cit.* p. 263 (Josefo, Flavio. *Antigüedades de los Judíos* XX, IX, 1-4).

Josefo afirma que el joven Anano (Anás II) “era precipitado y seguía a los saduceos, que son implacables cuando se sientan a juzgar”. Maier, Paul L. *op. cit.* p. 262 (Josefo, Flavio. *Antigüedades de los Judíos* XX, IX, 1).

aristocracia sacerdotal, su nepotismo y sus corruptelas se granjearon mercedamente el deshonor y la antipatía de sus paisanos.¹⁰¹

6. Composición, gobierno y desarrollo de la iglesia en Jerusalén

6.1 *Unidad y diversidad en la membresía*

En sus inicios, la membresía de la iglesia en Jerusalén era enteramente judía; no había todavía –que se sepa– gentiles entre ellos.¹⁰² A pesar de esto, no existía una verdadera homogeneidad en su composición. Al contrario, la presencia de dos grupos claramente diferenciados pronto hizo aparecer tensiones y recelos en su seno. Las diferencias entre ellos estaban relacionadas principalmente con su origen y formación cultural; a esto se refiere el relato de los Hechos cuando menciona las quejas que hubo por parte de “los griegos contra los hebreos”¹⁰³ en cuanto a la distribución diaria de alimentos.

Los “hebreos” representaban el sector judeocristiano más purista que aún conservaba todas las costumbres y el idioma de sus antepasados, mientras que los “griegos” eran creyentes judíos que se mostraban más abiertos a las influencias del helenismo. Muchos de ellos procedían de la dispersión, habían vivido –quizá por generaciones– en el extranjero y en contacto con las ideas, filosofía y modos de vida helenos. Ahora, habían regresado a Jerusalén con una mentalidad más tolerante, la mayoría de ellos llevaba nombres griegos y es de suponer que, además del arameo palestino, hablaban también el griego.¹⁰⁴

6.2 *Estructura inicial de gobierno en la iglesia*

Los datos que aportan los textos bíblicos no parecen indicar que, en un primer momento, la naciente comunidad estuviera preocupada por constituir una estructura determinada de gobierno. Lo que reflejan los primeros capítulos de los Hechos es un régimen carismático que surge

101 Como ejemplo: “de todos los sumos sacerdotes, ninguno se expuso más a la justificada maledicencia que Ananías hijo de Nedebaeus (47-58). Una vez se le menciona en el Nuevo Testamento cuando, como presidente del Sanedrín, actuó con evidente falta de imparcialidad (Hch. 23:1-5). En la tradición judía se le recuerda especialmente por su desmedido afán de dinero, que le llevó a apropiarse y vender aquella parte de los sacrificios del templo que les correspondía por derecho propio a los sacerdotes ordinarios, quienes desprovistos de ella, hubieron de pasar hambre”. Bruce, Frederick Fyvie. *op. cit.* p. 250.

102 Quizá con la excepción de Nicolás, prosélito de Antioquía. cp. Hch. 6:5.

103 Hch. 6:1.

104 González, Justo L. *Una historia ilustrada del cristianismo* (Tomo 1), p. 44. Editorial Caribe, Miami, Florida, USA. 1982.

espontáneamente y toma la iniciativa en la vida y dirección de la iglesia. Este movimiento está encabezado por el grupo de los Doce, en el cual, el portavoz más destacado es el apóstol Pedro; sin embargo, las decisiones no quedan únicamente en manos del colegio apostólico, sino que se someten a deliberación en asamblea. Así, en una reunión de más de ciento veinte hermanos, Pedro promueve la candidatura de José y Matías para la elección de un sustituto de Judas.¹⁰⁵ Del mismo modo, el conjunto de los Doce “convocaron a la multitud de los discípulos” para escoger y designar a los “siete varones de buen testimonio” que deberían administrar la conflictiva asistencia social de la iglesia.¹⁰⁶

6.3 *Siete varones colaboran con los apóstoles*

Es aquí cuando se comienza a ver una cierta organización. Las tareas que ha de llevar a cabo la comunidad requieren una división de funciones. Los apóstoles tienen como misión principal persistir “en la oración y el ministerio de la palabra”;¹⁰⁷ los encargados de la administración –hoy se les llamaría diáconos– han de gestionar, sin sombra de parcialidad o favoritismo, los recursos de la iglesia para que nadie sea desatendido.¹⁰⁸ En esta tarea será necesaria tanto la capacitación espiritual, como la sabiduría práctica, amén de una honestidad personal fuera de cualquier duda: “Buscad... de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”.¹⁰⁹

Es importante aclarar que este reparto de funciones no pudo mantenerse en el tiempo; el Espíritu Santo, obrando soberanamente, se encargó de rebasar los límites que la iglesia había diseñado para el servicio de estos siete varones. Este es, al menos, el caso de Felipe y Esteban que, impulsados por el Espíritu, no solo desempeñaron fielmente sus labores de orden material, sino que asumieron como propia la tarea de predicar el evangelio, cosa que en principio se había reservado a los apóstoles.

105 Hch. 1:12-26.

106 Hch. 6:1-7.

107 Hch. 6:4

108 Sin duda existían graves tensiones en el seno de la comunidad. Las personas desatendidas no eran de los hebreos autóctonos, sino las viudas helenistas, la parte más pobre y desprotegida del grupo de discípulos. El Códice Beza subraya la parcialidad e injusticia del caso aclarando en Hch. 6:1 que “el servicio [de distribución diaria de los bienes comunitarios] era administrado por los hebreos”. cp. Rius-Camps, Josep y Read-Heimerdinguer, Jenny. *Demostración a Teófilo, evangelio y Hechos de los Apóstoles según el Códice Beza*. Fragmenta Editorial, Barcelona, España, 2012. p. 482.

109 Hch. 6:3.

6.4 Felipe el evangelista y Esteban el mártir

De este modo, encontramos a Felipe presentando el evangelio de Cristo en forma tan persuasiva que recibió el apodo de “el evangelista”.¹¹⁰ Su ministerio fue la semilla que llevó el cristianismo a Etiopía,¹¹¹ extendió el testimonio de la Palabra por Samaria¹¹² y albergó, en su casa de Cesarea, una iglesia donde sus cuatro hijas profetizaban.¹¹³

Esteban, por su parte, testificaba abierta e incansablemente en Jerusalén “lleno de gracia y de poder”, acompañando sus palabras con “grandes prodigios y señales” tan patentes, que provocaron la hostilidad de los judíos helenistas pertenecientes a la “sinagoga... de los libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia”. En su disputa con ellos, Esteban demostró tanta valentía como conocimiento de las Escrituras, de manera que sus opositores “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba”.¹¹⁴ Llenos de rabia y frustración, arremetieron contra él y, valiéndose de sobornos y testigos falsos, le llevaron ante el concilio bajo una acusación que era –como casi siempre sucede– una verdad a medias: “Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés”.¹¹⁵

Esteban tuvo el coraje de hablar sin tapujos acerca de la caducidad del Templo “hecho de manos” frente al nuevo templo espiritual, cuerpo de Cristo, y denunció con gruesas palabras la hipocresía de quienes le juzgaban: mientras aparentaban respeto a los profetas, a las costumbres de Moisés y a la ley, habían sido en realidad “entregadores y matadores” de los profetas, desobedientes y rebeldes a la ley recibida “por disposición de ángeles”, y lo más grave, tanto ellos como sus antepasados, siempre resistían al Espíritu Santo.¹¹⁶ La antítesis entre la Ley del Espíritu y la Ley expresada en mandamientos quedó al descubierto palmariamente. Esteban tuvo la lucidez espiritual de discernir lo que más tarde enseñaría Pablo: “... si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”,¹¹⁷ “pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”.¹¹⁸

110 Hch. 21:8.

111 Hch. 8:26-40.

112 Hch. 8:5.

113 Hch. 21:8-9.

114 Hch. 6:8-10.

115 Hch. 6:13-14.

116 Hch. 7:47-53.

117 Gl. 5:18.

118 Ro. 6:14.

Nada podía irritar más a los dignatarios judíos que, enfurecidos, “crujían los dientes contra él”¹¹⁹ y desahogaron su odio linchando a Esteban a las afueras de la ciudad. Mientras le apedreaban, un joven de “la más rigurosa secta” de los fariseos¹²⁰ y “hebreo de hebreos”¹²¹ guardaba las ropas de los verdugos consintiendo en su muerte; su nombre era Saulo de Tarso.

6.5 Primera persecución, Saulo asolaba la iglesia

Hasta entonces solo la secta de los saduceos¹²² –a la que pertenecía el sumo sacerdote– se había atrevido a hostigar a los cristianos; por dos veces prendieron a Pedro y a Juan; en la primera, les amenazaron, y en la segunda, les amenazaron y azotaron, pero en ambas ocasiones tuvieron que ponerlos en libertad por temor a que se produjese una reacción violenta en el pueblo.¹²³

Sin embargo, el poderoso testimonio y la profunda comprensión del plan de Dios en Cristo no solo costó la vida del primer mártir cristiano, sino que dio por terminada la época de relativa paz y bonanza para la iglesia en Jerusalén. Tras la muerte de Esteban se desató una gran persecución contra los cristianos, a causa de la cual todos los cristianos de Jerusalén “fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria”, aunque, según el relato bíblico, los apóstoles permanecieron a pesar de todo en la ciudad.¹²⁴ El cabecilla encargado de ejecutar estos pogromos no era otro que el joven fariseo Saulo; su eficacia y crueldad quedan reflejadas en la narración de los Hechos: “Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel”.¹²⁵

6.6 Los primeros misioneros y la supervisión de la iglesia madre

La persecución sufrida, lejos de acallar el testimonio de la iglesia, funcionó como detonante de una expansión misionera inaudita, pues “los

119 Hch. 7:54.

120 Hch. 26:5.

121 Flp. 3:5.

122 Hch. 4:1; 5:17.

123 Hch. 4:21; 5:26.

124 Hch. 8:1.

125 Hch. 8:3.

que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio”.¹²⁶ De este modo, sin un propósito planificado, el mensaje de Cristo atravesó las murallas de Jerusalén para extenderse por toda Judea y Samaria.

Felipe tuvo un papel destacado en este ministerio. Asumió la tarea de predicar en Samaria,¹²⁷ cosa que hizo con elocuencia, “señales y grandes milagros”, a tal punto que pronto se constituyó allí una comunidad en la que “se bautizaban hombres y mujeres” y, desde la cual, se ejercía una influencia tan poderosa y benéfica en la ciudad, que el cronista de los Hechos la describe como “que había gran gozo en aquella ciudad”.

La propagación del evangelio entre los samaritanos suscitó el interés y la preocupación del grupo apostólico en Jerusalén; querían asegurarse de la autenticidad de su fe y, a la vez, sancionar con la imposición de manos su identificación con la iglesia madre; para ello enviaron a Pedro y a Juan con ese cometido. El relato bíblico es muy preciso en este punto: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo”.¹²⁸

Esta labor de control y confirmación, por parte de la iglesia de jerosolimitana, se llevó a cabo también cuando el evangelio fue predicado a los gentiles. El propio Pedro tuvo que dar cumplidas explicaciones en la iglesia de Jerusalén y hacer valer el testimonio de seis hermanos¹²⁹ como testigos, ante la oposición de “los que eran de la circuncisión”¹³⁰ que le censuraban por haber abierto la comunión al gentil Cornelio y su familia. Y similar protocolo de indagación se puso en marcha con ocasión de la inclusión de griegos paganos –ya convertidos– en la iglesia de Antioquía. En este caso, se comisionó como delegado apostólico a Bernabé para que investigara y, en su caso, sancionara la apertura de la Iglesia al mundo gentil. Es obvio que los líderes de la iglesia en Jerusalén se consideraban responsables del movimiento cristiano en todas sus ramificaciones.¹³¹

126 Hch. 8:4.

127 Hch. 8:5-13.

128 Hch. 8:14-17.

129 Hch. 11:12, cp. Hch. 10:45.

130 Hch. 11:2.

131 Bruce, Frederick Fyvie. *Hechos de los Apóstoles: Introducción, comentarios y notas*, Libros Desafío, Grand Rapids, Michigan, USA. 2007. p. 267.

6.7 *Herodes persigue a los dirigentes de la iglesia*

Al tiempo que el judeocristianismo evolucionaba hacia la universalidad del evangelio, surgieron nuevas dificultades para la comunidad jerosolimitana. En su interior, los elementos más recalcitrantes sentían amenazada su identidad hebraica por la influencia que pudiera tener en sus costumbres el creciente número de creyentes helenizados y procedentes del paganismo.¹³² En el exterior, los sectores más celosos de sus tradiciones, los fariseos, pero especialmente los zelotas, veían con hostilidad y recelo a cualquier judío que confraternizara con los gentiles.

Seguramente esta circunstancia fue la que animó a Herodes Agripa I a desatar una campaña de persecución contra la iglesia de Jerusalén. Esta vez su objetivo fue el ataque a los dirigentes de la comunidad, a los que pretendía maltratar para complacer a los judíos: “echó mano a algunos de la iglesia [...] Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan. Y viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro”.¹³³ Milagrosamente, Pedro escapó de una muerte segura gracias a la ayuda de un “ángel del Señor”¹³⁴ que facilitó su fuga de la cárcel.

En esta misma época hay que situar –aunque no hay total seguridad– la segunda visita de Pablo a Jerusalén que, acompañado de Bernabé, fue el portador del socorro material enviado por la iglesia de Antioquía a los hermanos que habitaban en Judea, con ocasión de una hambruna generalizada, profetizada previamente por “Agabo [...] la cual sucedió en tiempos de Claudio”.¹³⁵

6.8 *Gobierno triunviro, las tres columnas de la iglesia*

La forma en la que Pablo describe su entrevista con los dirigentes de la iglesia en Jerusalén da pie a pensar que, para aquel entonces, la estructura de gobierno en aquella comunidad había evolucionado hacia una concentración de la autoridad en tres personas. Una especie de triunvirato en el

132 cp. Gl. 2:4.

133 Hch. 12:1-3.

134 Hch. 12:7.

135 Hch. 11:28.

“tenemos el testimonio de Suetonio [*Vida de Claudio* 18.2] en el sentido de que el principado de Claudio se caracterizó por una sucesión de sequías y cosechas muy escasas. Una de las hambrunas resultantes de tales circunstancias fue especialmente rigurosa en Judea [...] Fue probablemente por este mismo período cuando la iglesia de Antioquía mandó a los líderes de la iglesia de Jerusalén una cantidad de dinero que se había comenzado a recaudar desde que escucharon la profecía de Agabo. Ellos sabían que sus hermanos de Judea no podían costear, sin la ayuda cristiana, los precios tan elevados que alcanzaba la comida en tiempos de hambre”. Bruce, Frederick Fyvie. *Pablo: Apóstol del corazón liberado*, Editorial Mundo Bíblico, Las Palmas de Gran Canaria, España. 2003. p. 141.

que “los que tenían reputación de ser algo”¹³⁶ eran Jacobo, el hermano del Señor, Pedro y Juan, considerados también “columnas” de la iglesia.

El orden en que Pablo los nombra también es revelador y parece sugerir que, ya en esos momentos, Santiago –Jacobó, hermano del Señor– tenía una posición de primacía, al menos en Jerusalén, que comenzaba a eclipsar incluso a los Doce. Prueba de ello es que el mismo apóstol Pedro, estando en Antioquía, se sintió forzado a obedecer¹³⁷ las directrices –tan polémicas como cuestionables– que Santiago dictaba desde su sede.

La deriva personalista del modelo de gobierno, en la iglesia jerosolimitana, se confirmó con el paso del tiempo: Santiago, que comenzó siendo uno de las tres “columnas” de la iglesia, emerge aquí como *primus inter pares* (primero entre iguales) y, pocos años después, se consolidará como dirigente único y principal de la iglesia.

6.9 Concilio de Jerusalén y decreto apostólico

Tiempo después, al regresar Bernabé y Pablo de su primer viaje misionero, el asunto de cómo encajar a los creyentes gentiles en el esquema tradicional del judeocristianismo suscitó nuevos conflictos en la iglesia. Esta vez el caballo de batalla fue la circuncisión, porque “algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés”. Insistían tanto en ello que, no solo pretendían hacer valer su criterio en Jerusalén, sino que enviaban delegados –supuestamente autorizados por la iglesia madre– a las iglesias en Antioquía, Siria y Cilicia para enseñar a los hermanos sencillos de la gentilidad que “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”.¹³⁸

La cuestión que planteaban era de capital importancia y de graves consecuencias –en caso de ser aceptada– para el futuro del cristianismo. Lo que venían a decir, estos activistas judaizantes, es que no bastaba la gracia del Señor Jesús para ser salvos; para salvarse era necesario convertirse en prosélito del judaísmo. Con ello estaban añadiendo una puerta adicional a la entrada del Reino. A Jesús, que es la única “Puerta”,¹³⁹ le colocaban como antesala otra puerta, la de la circuncisión y la ley de Moisés.

136 Gl. 2:6, 9.

137 Bruce, Frederick Fyvie, *op. cit.* pp. 144-145. cp. Gl. 2:12.

138 Hch. 15:1-5, 23-24.

139 Jn. 10:9.

La reacción no se hizo esperar, ni Pablo ni Bernabé podían tolerar que unos emisarios oficiosos de Jerusalén sembraran la desazón y las dudas en los corazones de aquellos gentiles que habían abrazado el evangelio. La disputa fue agria y subida de tono, sin que se llegara a ningún acuerdo, de modo que la iglesia antioqueña en su conjunto determinó que Pablo, Bernabé y algunos otros de ellos, fuesen a Jerusalén para entrevistarse con los apóstoles y los ancianos, a fin de tratar la cuestión y aclarar definitivamente, y de una vez por todas, cuál era la postura oficial de la iglesia judeocristiana en este conflicto.

En la asamblea convocada a tal efecto por los apóstoles y los ancianos de Jerusalén, no faltaron tampoco las discusiones enconadas y el griterío, que fue acallado por el elocuente testimonio de Pedro al referir cómo Dios había escogido abrir por su boca el anuncio de la Palabra a los gentiles. Finalmente, fue Jacobo quien, con un aire ciertamente conclusivo y presidencialista, resolvió el asunto y marcó la norma a seguir: “Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre”.¹⁴⁰ Este llamado “Decreto apostólico” fue enviado por escrito a todas las iglesias afectadas para darles a conocer, sin lugar a dudas, la posición oficial de la iglesia jerosolimitana respecto a los conversos gentiles.

6.10 Obispado unipersonal en Jerusalén, Jacobo el justo

De nuevo se observa, en este proceso, la autoridad y el rol de supervisión y control que todavía ejercía la iglesia de Jerusalén sobre todas las demás iglesias, pero también la creciente concentración de autoridad en la persona de Jacobo el Justo que, a pesar de no pertenecer al grupo de los Doce, tenía la última palabra en los asuntos relacionados con la iglesia judeocristiana.

A partir de aquí, escasean las referencias directas del cronista de los Hechos a la vida de la iglesia en Jerusalén. La siguiente mención que hace es para narrar las vicisitudes de Pablo, en su tercera visita a la ciudad,¹⁴¹ como portador de las ofrendas de amor recolectadas para ellos en las iglesias gentiles. En esta ocasión, las habladurías de los judeocristianos más “celosos por la ley”, y la actitud contemporizadora de Jacobo –que

¹⁴⁰ Hch. 15:19-20.

¹⁴¹ Hch. 21:17-36.

quería contentar a los elementos más reaccionarios de su feligresía y, a la vez, preservar un cierto nivel de fraternidad con las iglesias paulinas—acabaron con Pablo preso y acusado de profanar el Templo. La impresión que se obtiene al leer el relato bíblico es que, en esos momentos, la iglesia de Jerusalén había tomado una deriva mayoritariamente tradicionalista, al menos eso se desprende de las autocomplacientes palabras de Jacobo: “Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley”.¹⁴²

Lo que Jacobo pretendía era salvar las apariencias sin entrar en el fondo del asunto. En realidad, las habladurías eran tan solo medias verdades, pero Jacobo estaba tan presionado por la influencia de los recalcitrantes que ideó una estratagema de dudoso éxito para taparles la boca; esto es, persuadir a Pablo para que pagara, y tomase parte, en un ritual de votos en el Templo: “Haz pues esto que te decimos: hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley”.¹⁴³ No sería de extrañar que este requerimiento fuese, a la vez, una condición impuesta para aceptar la ofrenda de paz procedente de manos gentiles.¹⁴⁴ El texto bíblico guarda un suspicaz silencio al respecto, pero no se debe olvidar que el propio Pablo tenía serias dudas respecto a la aceptación en Jerusalén de tal donativo.¹⁴⁵

Una novedad significativa, en este punto del relato, es la ausencia de los apóstoles en Jerusalén. No se tienen referencias bíblicas que expliquen claramente el cómo, cuándo y por qué todo el colegio apostólico abandonó la ciudad, pero se puede conjeturar que su marcha se produjo tras la ola de persecución que desató Herodes Agripa I (41-44 d. C.) contra los dirigentes de la iglesia, en la que fue muerto a espada el apóstol Jacobo —hermano de Juan— y Pedro, apresado en la cárcel. Pedro, después de huir milagrosamente, abandonó Jerusalén y se marchó a Cesarea.¹⁴⁶ Es de suponer que los demás apóstoles también se vieron obligados a exiliarse; y también cabe la posibilidad, compatible con la anterior, que hubieran decidido marchar de Jerusalén para asumir responsabilidades misione-

142 Hch. 21:20.

143 Hch. 21:23-24.

144 Bruce, Frederick Fyvie. *Hechos de los Apóstoles: Introducción, comentarios y notas*, p. 477, Libros Desafío, Grand Rapids, Michigan, USA. 2007.

145 cp. Ro. 15:30-31.

146 Hch. 12:19.

ras más amplias entre los judíos de la dispersión. Tradiciones y leyendas posteriores –no siempre muy dignas de confianza– sitúan el ministerio y muerte de algunos de los Doce en los más alejados confines del mundo; así por ejemplo, Mateo habría predicado en Etiopía; Santiago –hijo de Zebedeo y hermano de Juan–, en España; Felipe, en Escitia y en Frigia; Andrés alcanzaría a predicar entre los sogdianos,¹⁴⁷ Simón en Egipto, y más tarde, junto a Judas Tadeo, en Mesopotamia, etc.

Lo cierto es que, a estas alturas, la iglesia estaba al cargo de Jacobo el Justo y un grupo de ancianos, a quienes quizá consideraban como el Sanedrín del verdadero Israel que ellos creían ser, y Jacobo, siendo su presidente, ocupaba la posición que el sumo sacerdote tenía en el Sanedrín oficial.¹⁴⁸ Esta podría ser la razón de la leyenda que surgiría más tarde acerca de que este se ataviaba con vestiduras de tipo sacerdotal y que disfrutaba del derecho a entrar en el santuario.¹⁴⁹

Con todo, Jacobo fue un personaje muy querido y respetado en Jerusalén; su vida de oración y rectitud fue admirada por propios y extraños. Tanto era así, que Eusebio de Cesarea, al narrar su martirio, registra lo siguiente: “Jacobo fue tan maravilloso y su justicia era conocida por todos los demás de tal modo, que hasta los judíos prudentes creían que este era el motivo del asedio a Jerusalén (que tuvo lugar en el mismo momento en que le martirizaron) y que les sobrevino únicamente debido al sacrilegio perpetrado contra él”.¹⁵⁰

7. El ocaso de la iglesia en Jerusalén

Tras la muerte de Jacobo, la iglesia de Jerusalén siguió siendo dirigida por parientes de Jesús, circunstancia que recuerda la importancia atribuida, en los pueblos semitas, al parentesco con el fundador cuando se trata de nombrar sucesores en la jefatura religiosa. La estructura de gobierno eclesial, que se observa en este tiempo, apunta ciertas semejanzas con una especie de califato rudimentario,¹⁵¹ en el que la cabeza visible debía ser un

147 Zona geográfica, alrededor de Samarcanda, que ocupaba parte de los actuales Estados de Tayikistán y Uzbekistán.

148 Bruce, Frederick Fyvie. *Pablo: Apóstol del corazón liberado*, p. 337. Editorial Mundo Bíblico, Las Palmas de Gran Canaria, España. 2003.

149 Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica*, Libro II, 23, 6.

150 Eusebio de Cesarea. *op. cit.*, Libro II, 23, 19.

Con referencia a la fecha de la muerte de Jacobo -hermano del Señor- existen discrepancias entre los autores antiguos. Hege-sipo, mencionado por Eusebio en esta cita, data su muerte al comienzo de la guerra judía contra los romanos, alrededor del 66 d. C.; sin embargo, Josefo la sitúa en el interin habido entre la muerte del procurador Festo y la llegada de su sustituto Albino, 62 o 63 d. C.

151 Walker, Williston. *Historia de la Iglesia Cristiana*, p. 24-25, Casa Nazarena de Publicaciones, Kansas City, Missouri, USA.

“hijo de David”. Con ello, la comunidad mesiánica se convertía, ante los ojos de los romanos, en sospechosa de connivencia con los revolucionarios independentistas, y para los insurgentes judíos, en colaboracionista de Roma por su falta de compromiso con la revolución.

El levantamiento de los judíos contra Roma (66-73 d. C.) tuvo fatales consecuencias para las comunidades cristianas de Palestina, aunque la de Jerusalén consiguió eludir los horrores de la guerra huyendo a Pella, al otro lado del Jordán, una ciudad mayoritariamente gentil donde poder evitar las intrigas de los judíos y las sospechas de los romanos. La elección de Pella como ciudad de asilo resultó muy acertada, seguramente porque en ella habitaban cristianos, presumiblemente gentiles, de los que podrían esperar refugio y apoyo¹⁵² al igual que en el pasado, otros hermanos gentiles, viendo su necesidad les habían socorrido solícitamente con sus ofrendas.

La supervivencia de la iglesia jerosolimitana vino determinada, en buena medida, por su oportuna huida al enclave de Pella, en la Decápolis.¹⁵³ Allí pudieron esperar a resguardo el desenlace del conflicto y regresar a Jerusalén, esta vez liderados por Simeón –hermano o primo del Señor, según qué fuentes–,¹⁵⁴ a quien habían elegido como obispo y sucesor del difunto Jacobo. No obstante, y a pesar de que siguieron existiendo obispos judíos en Jerusalén, la iglesia madre no volvió a recuperar la autoridad que tenía entre los cristianos antes de la guerra.

La catástrofe total vino con la tercera guerra judeo-romana, la rebelión de Simón Bar Kojba (132-135 d. C.), acaecida bajo el reinado de Adriano, y en la que, tras tres años de lucha, los judíos fueron totalmente aplastados por las legiones romanas. La mayoría de la población judía fue asesinada, esclavizada o exiliada; la antigua ciudad de Jerusalén fue arrasada y demolida hasta sus cimientos. Sobre sus escombros, Adriano mandó fundar una nueva ciudad llamada Aelia Capitolina, en honor de su propio nombre¹⁵⁵ y dedicada al dios Júpiter, prohibió la entrada en ella a todo judío y, para mayor humillación, entre otros ultrajes, colocó en la puerta principal de la ciudad la estatua de un cerdo. Políticamente, Judea dejó de existir y su territorio fue asimilado a la provincia de Siria-Palestina. La destrucción masiva, y la enorme pérdida de vidas ocasionadas

152 Vidal Manzanares, César. “Pella revisitada”, *Revistas Científicas de la UNED*. Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Hª Antigua, t. 6, 1993. p. 473.

153 Vidal Manzanares, César. *op. cit.* p. 467.

154 Algunos estudiosos identifican a este Simeón con el Simón, hermano de Jesús que se menciona en Mt. 13:55 y Mr. 6:3.

155 Adriano era miembro de la dinastía Ulpio-Aelia.

por la rebelión de Bar Kojba, marcan la fecha de este desastre como el comienzo de la segunda diáspora judía.

La antigua iglesia judeocristiana de Jerusalén, rechazada tanto por judíos como por gentiles, se vio relegada cada vez más hacia regiones más remotas y aisladas, donde entró en contacto con otros grupos heterodoxos del judaísmo. Carente de relaciones con el resto del cristianismo, y bajo el influjo de las diversas sectas con las que convivía, las comunidades que habían sobrevivido siguieron su propio curso, en muchos casos divergente de la cristiandad occidental. A partir de entonces, las referencias de los cristianos gentiles acerca de tales comunidades hablan a menudo de sus extrañas costumbres e incluso de herejías,¹⁵⁶ pero rara vez ofrecen datos positivos sobre la fe y la vida de aquella iglesia que perduró, por lo menos, hasta el siglo V.¹⁵⁷

156 Los ebionitas pretendían ampararse en la autoridad de Jacobo el Justo, al que rodearon de un halo legendario que hablaba incluso de su ascensión. cp. Epifanio. *Adversus Haereses* XXX, xvi.

157 González, Justo L. *op. cit.* p. 48.

COLOFÓN

andamio editorial

Alts Forns n° 68, sót. 1°
08038 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 432 25 23

libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

CORRECCIÓN
Miguel Llop

DIRECCIÓN DE ARTE DE LA COLECCIÓN
Sr. y Sra. Wilson

MAQUETACIÓN
Fernando Caballero Santamaría

DEPÓSITO LEGAL
B. 16116-2023

ISBN
978-84-18961-78-6

IMPRESO EN ULZAMA
IMPRESO EN ESPAÑA

Las iglesias del Nuevo Testamento
Un estudio completo del contexto histórico-social y teológico
© Rubén Dolz, 2023

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

